
38
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR

38

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 15.702-1982.
ISBN: 84-7526-043-8.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO


El corazón
del frio



El corazón del frío

Pedro Montero

La soñó detenida en el umbral, su rostro denotaba una pena infinita, como si en silencio solicitase su ayuda. Y cuando sus labios se abrieron le pareció escuchar una voz yerta que se quejaba de frío.



finales del mes de agosto, la señora se marchó al extranjero. Pocos días antes, habían comprado un magnífico congelador que instalaron en un rincón de la cocina, justo a la derecha de la nevera. A la señora le hacía mucha ilusión. Lo sé porque ella misma me lo dijo. Lo que no me dijo, pero no me pasó inadvertido, fue que el señor puso tanto o más empeño que ella en la adquisición del congelador. Mientras yo me dedicaba a la limpieza y trasteaba de acá para allá, ocupada en las tareas propias de una sirvienta, no podía evitar escuchar las conversaciones de los señores. Aunque empleada por horas, el tiempo que pasaba en la casa resultaba suficiente para estar al tanto de sus vidas.

El día en que trajeron el congelador, hubo que hacer sitio junto a la nevera. Como el señor no había llegado todavía, me tocó a mí la peor parte. Fue necesario correr un poco el frigorífico y separar un armario. Los de la tienda no movieron un dedo. Se limitaron a enchufarlo y a comprobar que funcionaba correctamente. Era un mueble muy hermoso y con capacidad para guardar una enorme cantidad de cosas. Sobre la puerta, que

se abría horizontalmente, tenía una cerradura con su llavecita. Durante los pocos días en que la señora disfrutó del congelador —antes de marcharse al extranjero— jamás empleó la llave. Ella sabía perfectamente que, aun dejando un diamante al alcance de mi mano, sólo me hubiera limitado a mirarlo de lejos. La señora tenía plena confianza en mí, y yo procuré siempre hacerme acreedora de ella. Otra cosa es el señor. Especialmente desde que la señora se fue al extranjero.

La víspera de su marcha, la señora no me hizo ningún comentario. Y no es que tuviera que hacerme confidencias por obligación. Yo sé perfectamente dónde está mi sitio. Pero hubiera resultado normal —casi inevitable— decirme que estaba a punto de salir de viaje o darme instrucciones para mi trabajo durante su ausencia. Son muchos los años que llevo ya al servicio de la señora como asistenta, y confieso que me sentí dolida de que no me hiciera partícipe ante un viaje tan prolongado. Estoy acostumbrada a las veleidades de la clase pudiente, pero, así y todo —aunque sólo fuera por jactancia—, la señora me hubiera hecho alguna confidencia. Unicamente, una partida imprevista y precipitada podría haber justificado semejante modo de actuar y el no haberse despedido de mí.

Lo que más me dolió fue que, justamente desde el día en que se ausentó la señora, el señor comenzó a tornarse desconfiado. Me dio instrucciones muy precisas acerca de mis obligaciones —reducidas ahora, puesto que el señor no ha vuelto a comer en casa—, y me ordenó que los escasos alimentos que necesitaba —leche, fiambres, y las cervezas y refrescos— los guardara exclusivamente en la nevera. La primera vez que intenté levantar la puerta del congelador quedé sorprendida al comprobar que estaba cerrado con llave. No comenté nada acerca de aquella falta de confianza, aunque me permití sugerir al señor que resultaría conveniente mantenerlo lleno de alimentos, para el caso de una emergencia. Respondió que ya se

había cuidado él de hacerlo personalmente, y que me limitara a obedecer sus órdenes en lugar de hacer sugerencias. Pregunté, entonces, si la ausencia de la señora iba a ser muy prolongada. El respondió afirmativamente.

Andando el tiempo, comencé a darle vueltas a la idea de que los señores se habían separado. A él, apenas si le veía durante mi estancia en la casa. Se encerraba en su despacho tras hacerme las advertencias precisas para mis tareas o se ausentaba al poco tiempo de llegar yo a la casa. Como no hiciera comentario alguno acerca del viaje de la señora ni del país en el que se encontraba, yo no consideraba prudente efectuar una interrogación directa; si acaso, preguntaba de vez en cuando si la señora continuaba bien. A lo que él respondía que sí, invariablemente. Nunca pude hallar —cosa bien lógica, por otra parte—, un sobre cuya escritura me hiciera sospechar que se trataba de una carta de la señora. Jamás, durante mis estancias en la casa, hubo una llamada telefónica que me permitiera conjeturar que era ella quien hablaba.

Algunas mañanas, a pesar de que se advertía que habían tratado de no dejar rastros delatores, pude encontrar indicios de que el señor no había pasado la noche solo. Para una persona madura y experimentada no es difícil deducir estas cosas: unas tazas colocadas fuera de su sitio habitual, la cama cuidadosamente deshecha, el dormitorio tempranamente ventilado, los ceniceros limpios. Aunque no eran asuntos de mi competencia, no podía por menos de lamentar —aprecio mucho a mi señora— una traición tan rápida, a no ser que la separación que yo venía sospechando, y cuyas posibles motivaciones desconocía, hubiera tenido lugar efectivamente.

El tiempo que yo pasaba en la casa no solía sobrepasar las cinco o seis horas, casi siempre por las mañanas. La señora me señalaba las tareas extraordinarias para realizar —si las había— y dejaba a mi cuidado la rutina de la limpieza diaria. El señor trabajaba

valía la pena atiborrar la nevera y de que ya había avisado al servicio de reparaciones de la marca comercial en cuestión. Tomó las dos últimas bolsas de hielo y me ordenó que siguiera en la cocina dedicada a mis tareas. Yo permanecí suspensa durante unos momentos, los suficientes para advertir que entraba con las bolsas en uno de los cuartos de baño y cerraba la puerta tras de sí. Media hora más tarde volvió a salir con una bombilla en la mano y comentó que se había fundido, probablemente a causa del chispazo. Dijo también, entregándome las bolsas, que había colocado el hielo en torno a las cosas congeladas y que me abstuviera de entrar en aquel cuarto de baño: no convenía caldear el ambiente y, además, no había luz.

Mientras me dedicaba a las tareas de la limpieza, estuve considerando la actitud que habría adoptado la señora, caso de haber estado presente cuando yo, torpemente, ocasioné la avería del congelador. Reflexioné después en las numerosas semanas que duraba ya su ausencia y, aprovechando mi recorrido habitual por las habitaciones —interrumpido en más de una ocasión por el señor con excusas banales— inspeccioné los armarios de la señora buscando confirmar una sospecha que había ido surgiendo en mi ánimo. Colgados en su lugar habitual, pude ver los dos abrigos de pieles de la señora, envueltos en sus fundas de conservación y desprendiendo un penetrante olor a productos aromáticos.

La partida de la señora había tenido lugar en pleno verano, siendo completamente lógico por tanto que no se llevara la ropa de abrigo. Pero ya nos encontrábamos en el mes de diciembre. Lo que sólo podía significar una cosa: al partir había hecho intención de regresar todavía con el buen tiempo. La segunda hipótesis que con el paso de los días me había ido forjando —la de la separación— no resultaba lógica. Ninguna mujer se aleja definitivamente de su marido abandonando dos magníficos abrigos de pieles. Hasta la más honesta consideraría —si llega el momento de

la separación— que las pieles y las joyas son una justa compensación a sus desvelos de esposa o a los malos ratos que el ingrato la hizo soportar. No quedaba, entonces, otra conjetura que la de un abandono precipitado y posterior huida con el amante, que se opone dignamente a que su amada lleve consigo algo que le recuerde a su antagonista. Esta última suposición —conociendo como conocía a la señora— me resultaba muy difícil de creer.

Mientras terminaba de arreglar la cocina tenía ante mi vista el congelador, abierto de par en par, detenido el motor que producía las bajas temperaturas necesarias para la conservación de los alimentos, y tan precipitadamente vaciado por el señor. A pesar de que realizaba esfuerzos considerables cada vez que me asaltaba la idea, otra hipótesis —de características mucho más dramáticas— pugnaba por abrirse paso en mi imaginación.

En este último caso, que me negaba a enunciar explícitamente, mi presencia en la casa era lo único falto de coherencia. ¿Por qué el señor no me había despedido hacía tiempo con cualquier excusa? ¿Qué era lo que le forzaba a mantenerme a su lado, cuando yo sólo podía representar un estorbo? ¿Acaso tenía planes con respecto a mí que yo no suponía? Podía haber prescindido de mis servicios a los pocos días pretextando otro viaje o haberme concedido unas vacaciones, tan prolongadas que yo misma decidiera despedirme. De hecho, algunas semanas atrás, había temido que, cualquier mañana, me pidiera la llave de la puerta —que ellos mismos me confiaron una vez seguros de mi honestidad— y, acto seguido, me pusiera de patitas en la calle. Por otra parte, desde que la señora se marchó al extranjero, nunca me encontré sola en la casa durante mi trabajo. El señor, que en ocasiones permanecía en su despacho o salía otras veces, no abandonó desde aquella fecha el piso en tanto que yo permanecía en él.

Mientras arrojaba a la basura las bolsas de plástico que habían contenido el hielo, trataba de imaginar en

qué lugar habría depositado el señor los productos congelados. El motivo de la avería del congelador había sido algo meramente accidental. Parecía lógico un enfado momentáneo, pero resultaba excesiva la falta de confianza que parecía haberle movido a trasladar por sí mismo los productos congelados. Ignoraba la cantidad de alimentos que había contenido el congelador y su valor, aunque, en el caso extremo, la capacidad del mueble era considerable, así como también la inclinación del señor hacia los productos de categoría y alto precio.

De súbito, experimenté el deseo de ver cómo había situado los alimentos y de qué forma había dispuesto el hielo. Para evitar la descongelación son precisos unos cuidados especiales que probablemente el señor desconocía, aunque, en mi fuero interno, lo que me acuciaba era una gran curiosidad por saber *qué cosa* había venido conservándose en aquel mueble electrodoméstico y *por qué motivo* el señor lo había mantenido cerrado con llave desde que la señora partió para su viaje al extranjero.

Parecía razonable —siempre que la reparación no se retrasara más de unas horas— mantener los alimentos en un lugar umbrío y cubiertos con hielo. Puesto que la nevera se hallaba a rebosar, lo más lógico hubiera sido depositar los productos congelados en los senos del fregadero y echar el hielo encima; aunque, realmente, la capacidad de las pilas y su necesaria utilización podrían haber movido al señor a usar para este fin otros receptáculos, especialmente si los productos congelados fueran de regulares dimensiones.

Me encontraba haciendo estas consideraciones mientras enceraba el parquet del pasillo de los dormitorios y, decidida como ya lo estaba, me preguntaba de qué medios iba a valerme o cómo me las ingeniaría para entrar en aquel cuarto de baño sin que el señor lo advirtiera. De pronto, se oyó el timbre del teléfono del despacho, y el señor se encerró en él para mantener una de esas largas conversaciones que

solía. Consideré que aquel momento era el más idóneo para realizar lo que deseaba, y, temblando de pies a cabeza, ignorante de las causas que provocaban aquel súbito terror, aunque con barruntos de algo inquietante, fui aproximándome al cuarto de baño. Desde donde me encontraba podía oír a intervalos la voz del señor, amortiguada por el espesor de la puerta del despacho. Con el corazón latiéndome fuertemente, puse la mano en el pomo y lo hice girar ejerciendo fuerza hacia arriba para evitar que las visagras chirriaran. La puerta se abrió un poco y la luz procedente del pasillo brilló sobre las baldosas y se quebró en la arista que forman el suelo y la bañera. En el intervalo entre un segundo y el siguiente, advertí que las cortinas de plástico no se hallaban en su sitio. Entreabrí la puerta más y la luz dio de plano sobre algo que ocupaba el seno de la bañera. Las cortinas, tendidas horizontalmente, cubrían los productos congelados depositados en la tina. Algo interceptó la luz a mi espalda y, en una décima de segundo, el juego de luces y de sombras dio relieve a lo que reposaba bajo las cortinas de plástico. Antes de que tuviera tiempo de aterrarme por lo que había creído percibir, una mano aferró mi hombro y la voz del señor se dejó oír como un trueno. Me recriminó por haber hecho caso omiso de su advertencia y cerró la puerta de golpe. Yo, confusa y empavorecida, balbucí una excusa y me agaché para recoger los utensilios de encerar. Estoy segura de que, de no haberme aproximado al suelo voluntariamente y haber continuado puliéndolo, las fuerzas me habrían abandonado y hubiera sufrido un desfallecimiento, signo delator de la manera subrepticia de entrar en el cuarto de baño.

Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. Tuve terribles pesadillas y soñé que, bajo las cortinas de plástico de la ducha, había almacenadas cosas de tal naturaleza que, aun pudiendo, no me atrevía a contemplar. Soñé también que la señora regresaba de su largo viaje y me miraba extrañamente. Detenida

en el umbral de la puerta de la cocina y enfundada en uno de sus abrigos de pieles, su rostro denotaba una pena infinita. Parecía solicitar mi ayuda en silencio, y, cuando, finalmente, sus labios se abrieron escuché una voz yerta que se quejaba de frío.

Lo primero que hice la mañana siguiente, apenas entré en la casa, fue aproximarme al congelador. Ya desde el pasillo, escuché la vibración del motor y comprendí que lo habían reparado. El señor se encontraba todavía en el dormitorio y, por contraste con su humor endiablado de la tarde anterior, parecía hallarse en un estado de ánimo excelente. A través de la puerta se escuchaban sus silbidos mientras se afeitaba. Al fondo del pasillo, la puerta del otro cuarto de baño aparecía entreabierta. Sigilosamente me fui aproximando a ella. Miré hacia la bañera y, como había supuesto, la encontré vacía. Las cortinas aparecían todavía descolgadas, y en el suelo había un gran charco de agua.

El señor salió entonces de su dormitorio. Me dio los buenos días y me comentó que el congelador estaba ya reparado. Mostrándose de un humor excelente, me pidió que le cosiera uno de los botones de su abrigo. Después salió a la calle, no sin haberme ordenado antes que volviera a colocar las cortinas de baño en su sitio y que limpiara convenientemente el suelo de baldosas.

Tras recoger en primer lugar el agua del suelo, me subí en un taburete y procedí a ir enganchando la cortina en las argollas pendientes de la barra. Por mi mente pasaban los más lúgubres pensamientos. En cierto momento, me pareció que algo resbalaba desde las cortinas y caía en la bañera. Me precipité desde el taburete al suelo intentando coger lo que, no sé si debido a mi estado de ofuscación, me pareció un pendiente de brillantes. Antes de que pudiera asirlo, el pequeño objeto fue arrastrado por el chorro de agua de los grifos y se sumió en el desagüe. Sentada en el borde de la bañera, me esforcé por convencerme de que aquello había sido un diminuto

fragmento de hielo que había quedado adherido a la cortina y se había desprendido al sacudirla. Abandonando la limpieza de aquel cuarto, me dirigí a la cocina y me detuve en el umbral contemplando el mueble congelador. El zumbido de su motor indicaba que, dentro del arcón, la temperatura se mantenía a muchos grados por debajo de cero. Me pregunté cuánto tiempo podrían resistir sin descomponerse los productos almacenados en su interior. Tomando uno de los paquetes de la nevera, leí las instrucciones para su conservación. En un congelador de aquellas características, las cosas congeladas podían mantenerse «durante varios meses»; lo que parecía incluir implícitamente la fórmula «varios años». Continué leyendo y me enteré de que, una vez descongelados, no convenía volver a recongelar los productos «porque podrían perder su textura y calidad»...

A eso de media mañana, regresó el señor. Contrariamente a su forma de ser habitual, pasó por la cocina y me saludó efusivamente. Mientras lo hacía, pude ver que contemplaba el congelador con satisfacción. Se permitió bromear acerca del incidente y, entre bromas y veras, me insinuó que tuviera cuidado con los enchufes al efectuar la limpieza. No sé qué pasó por mi cabeza ni de dónde saqué valor para ello, pero, precisamente en el momento en que abandonaba la cocina, le pregunté si tenía noticias de la señora. Se detuvo en el umbral. Vaciló un momento, y, a continuación se volvió sonriente con un gesto entre amable y retador. «Está perfectamente», dijo. Y salió dejándome confusa.

El resto de la mañana lo pasé en tal estado de nervios que, más que limpiar, lo que hice fue equivocarme continuamente y desordenar las cosas en lugar de arreglarlas. Hiciera lo que hiciese y adonde quiera que me encaminase, mis paseos finalizaban siempre a unos pasos del congelador. Lo contemplaba con aprensión y, de buena gana —a pesar del temor que me sobrecogía— me hubiera abalanzado sobre él para levantar la tapa —a riesgo de hallar Dios sabe qué—

si no hubiera supuesto, con grandes probabilidades de no equivocarme, que estaba cerrado con llave. Finalmente, en una de aquellas idas y venidas, me precipité sobre el mueble y tiré con fuerza hacia arriba de la puerta, la cual no cedió ni un milímetro.

Me encontraba en un mar de confusiones. No estaba segura de no confundir la realidad con lo imaginado. A veces tenía la certeza de que mis sospechas eran totalmente verosímiles, y se me encogía el corazón. En otras ocasiones, las elucubraciones a las que me dedicaba me parecían por completo carentes de fundamento.

En aquella situación, comprendí que lo único que lograría tranquilizarme sería el llegar por completo hasta el fondo de los hechos. No veía otra solución que adoptar las medidas necesarias —a riesgo de convertirme en una persona indigna—, las cuales consistían en lograr permanecer sola en la casa durante el tiempo suficiente, con los medios adecuados, y en ausencia segura del señor.

La decisión que había adoptado contribuyó a restituir mis fuerzas y, ante mi propia sorpresa, me dotó de un aplomo y una audacia que nunca había tenido. Ante la presencia del señor —y aunque fuera del todo innecesario— tomaba un paño y limpiaba el mueble congelador con especial parsimonia mientras escrutaba su rostro en busca de algún gesto revelador. Conversaba más que antes con él y me valía del menor pretexto para preguntarle por la señora. Yo misma me quedaba sorprendida ante interrogaciones como «¿qué sabe de la señora, señor?» El, mirándome fijamente como para estudiar el alcance de mis palabras, respondía con un cierto tono desafiante en el que creía captar un matiz burlesco «Se encuentra perfectamente». Otra vez, comentaba «Lástima que la señora no se haya llevado sus abrigos de pieles, a lo mejor hace mucho frío donde está». Y el señor corroboraba «Ya lo creo que le hubieran venido bien».

En el transcurso de aquella noche medité lo que me convenía hacer. De una vez por todas, era necesa-

rio que viera lo que había en el interior de aquel congelador. Y el único medio para ello era hacerme con la llave, que, sin ningún género de dudas, guardaría el señor con las restantes en alguno de sus bolsillos. Podría —imaginaba desbocadamente— sustraérselas mientras se encontrara durmiendo; no en vano poseía yo una llave de la puerta del piso. Quizá bastara grabar un molde en cera de la cerradura del congelador o hurgar con un alambre o una navajita en la misma cerradura.

Cuando a la mañana siguiente llegué a la casa, mi corazón latía como un caballo desbocado. Profundas ojeras cercaban mis ojos a causa de la falta de descanso, y mi garganta se secaba a cada instante por falta de saliva. El señor se encontraba todavía en batín y me dio los buenos días. Yo le respondí con voz casi inaudible y, en un rasgo de temeridad insensata, le pregunté si había sabido algo de la señora. «La verá usted esta misma mañana», repuso.

Pensé que el corazón iba a salírseme del pecho, tal era la violencia de sus latidos. Abandoné la habitación y me dirigí a la cocina para iniciar las tareas de limpieza. Apenas puse el pie en ella me sentí desfallecer. Junto al antiguo, nuevo y reluciente, con la puerta abierta y todavía desenchufado, había otro congelador.

Tomando, de manera automática, un paño de limpiar el polvo, abandoné la cocina y caminé por el pasillo sin rumbo definido. En aquel momento se abrió la puerta de su dormitorio y apareció el señor que sin advertir, al parecer, mi estado, comentó que no me extrañara si veía otro arcón congelador; no se encontraba satisfecho del primero y había decidido cambiarlo. Me dijo algo más, pero, conturbada como estaba, no logré captar el sentido de sus palabras, aunque respondí afirmativamente.

Cuando él hubo cerrado la puerta del dormitorio, permanecí de pie, igual que una estatua, en medio del pasillo. Al rato me dirigí a la cocina. Mientras contemplaba obsesionada los congeladores, oí repeti-

das en mi cerebro las últimas palabras que me había dirigido el señor. Me había pedido que contestara al teléfono si alguien llamaba; iba a entrar a ducharse.

Me abalancé sobre el primer congelador y tiré de la puerta de manera convulsiva. Una ráfaga de luz pasó por mi mente. Salí de nuevo al pasillo y, sigilosamente, me fui aproximando a la puerta del dormitorio. Apliqué el oído sobre el batiente y pude oír correr el agua de la ducha en el cuarto de baño anejo. Muy poco a poco, abrí una rendija y miré al interior. La puerta del baño estaba entornada. Sobre la cama se hallaban los pantalones y la chaqueta del señor. Ciega de valor y temeridad, sudando copiosamente, me interné en la habitación y me fui acercando de puntillas a la cama. Mientras lo hacía, tuve ocasión de intuir —a pesar de lo terrible de la situación— que el señor no había pasado solo la noche. En tanto que el agua de la ducha continuara corriendo, podía considerarme a salvo. Presa de un temblor apenas controlable, busqué en los bolsillos sin hallar lo que me interesaba. Finalmente lo vi sobre la mesilla. Ocho o diez llaves, tres de ellas más pequeñas, aparecían engarzadas en un llavero. Sin detenerme a considerarlo, lo tomé y salí de la habitación. Con paso presuroso entré en la cocina. Los objetos se me hacían borrosos. Aproximándome al congelador, introduje en la cerradura una de las llaves, pero la maniobra no dio resultado. Por último, sosteniendo una mano con la otra, para aminorar el temblor, introduje la última de las llaves pequeñas y la hice girar. El corazón me latía desaforadamente. Tenía la frente empapada de sudor y me sentía próxima al desfallecimiento. Con un gran esfuerzo, comencé a levantar la puerta del congelador. Una nube de partículas heladas azotó mi rostro y me obligó a cerrar los ojos. En aquel mismo instante, oí el ruido de una puerta. La sangre se congeló en mis venas y sentí un dolor agudísimo en la parte izquierda del pecho. Las rodillas me flaquearon y supe que iba a desplomarme. Entre la nube de partículas heladas, no supe ubicar el lugar, vi borrosamente una

figura de mujer. Desde el profundo dolor que atenazaba mi corazón, se me figuró que sonreía. No llegué a ver su rostro por completo de frente, pero en el lóbulo de una de sus orejas pude contemplar fugazmente el fulgor de un pendiente de brillantes. A partir de ese instante, y siempre, siempre, ya sólo siento frío, mucho frío...



El padre de Clara Schumann

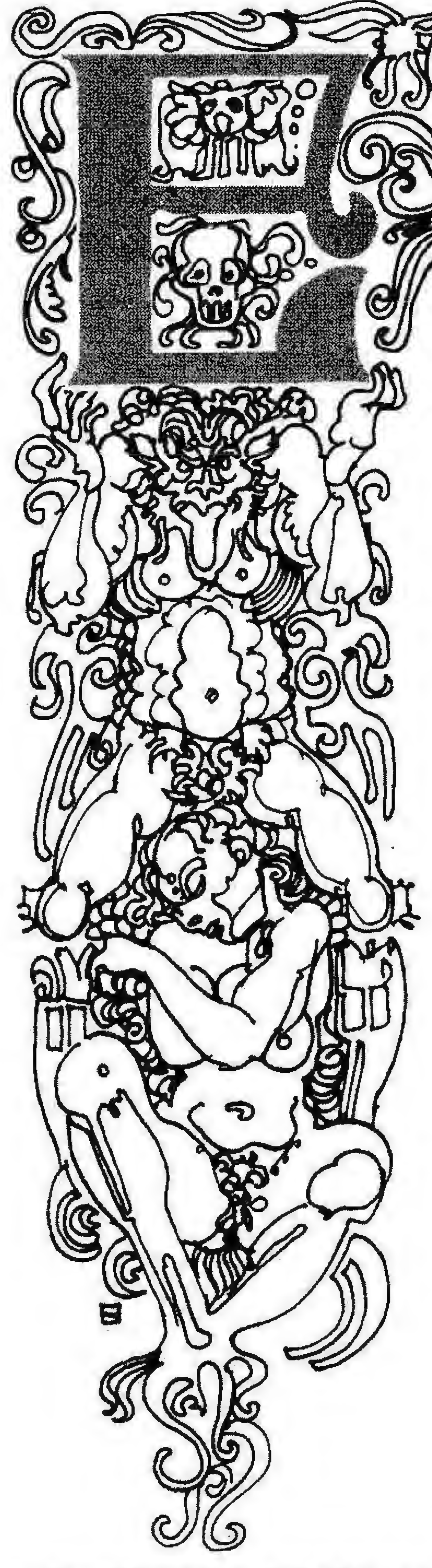




El padre de Clara Schumann

Nino Velasco

Para la niña fue extraordinario saber que su único familiar era su padre, un protector tierno y huraño que medía más de dos metros.



N el cantón de Graübunden, en la Suiza alemana, vivió con su padre, hacia los años veinte, Clara Schumann, una muchacha que se casó con un literato modesto natural de Bolzano, al norte de Italia. Entre los papeles de este escritor sin suerte, fallecido prematuramente, se encontraron veintiocho puntualizaciones sobre la juventud de su esposa (artificiosamente coincidentes con las letras del alfabeto occidental), cuyo extraño interés me deciden a transcribirlas.

a) **La estatura.** Sólo cuando Clara Schumann tuvo nueve o diez años comenzó a considerar con orgullo que su padre medía 2,10 metros de estatura. Hasta esa edad él fue para ella una cosa enorme que deambulaba por los pasillos de la casa los días tormentosos como un gigante de movimientos lentos y tranquilos, tintado por la luz incierta que se filtraba por los grandes ventanales del corredor que daba al jardín. Hasta entonces fue la cosa grande y tierna que la sentaba sobre sus rodillas algunas veladas propicias y le hablaba del cielo, de la noche y los caminos peligrosos de la Tierra. Usaba pocas palabras.

b) **Las manos.** Eran algo fascinador; un par de

piezas sólidas que sólo delataban fuerza mesurada y se bifurcaban en diez hermosos dedos largos, de formas regulares, capaces de ejecutar, sin embargo, movimientos extremadamente concisos. Era un hechizo ver con qué parsimonia y precisión manejaba pulcramente objetos pequeños, de qué forma enternecedora manipulaba las piececitas más minúsculas de los aeroplanos a escala, cuando, al anochecer, se sentaba en la mesa de su gabinete para trabajar sobre un nuevo modelo de su colección. Tenía un centenar de aviones colocados sobre anaqueles de madera sujetos a la pared por ángulos metálicos. Algunas tardes se demoraba mirándolos en silencio durante mucho rato sin que ella pudiera descifrar qué pensamientos cruzaban por su mente mientras tanto.

c) **La esposa.** Ella no recordaba haber tenido nunca madre. Siempre vivió con la cosa tierna de 2,10 metros de altura y una criada vieja y gruesa, de mejillas coloradas, que la trató continuamente con un cariño brusco la mar de satisfactorio. La criada iba y venía por las habitaciones ajena al desaliento o la tristeza: cantaba mucho y las faenas caseras parecían entusiasmarla. El padre alto salía y entraba de la casa y, los días grisáceos, se ponía a pasear por el pasillo.

ch) **El oficio.** Nunca faltó dinero en la casa. Siempre había queso en la despensa y flores en las repisas. Nunca supo cuál era el oficio de su padre. Entraba y salía a cualquier hora; a veces llegaba con una cesta llena de embutido fresco. No manejaba papeles ni carteras.

d) **El vestido.** Vestía ropas grandes y sólidas. No le vio nunca con cosas viejas ni demasiado nuevas. Le gustaban los abrigos largos, casi hasta los pies, las bufandas con varias vueltas, las botas de campo, los chalecos de pana y los trajes de franela gruesa. Sólo una vez le vio con corbata. El resto de los años usó siempre pañuelos oscuros de algodón. Llevaba guantes de piel forrados de pelo por el interior. Ella casi no podía con su abrigo, tal era su peso plomizo.

e) **Las tormentas.** Advirtió que a su padre le

desagradaban profundamente las tormentas. Las detectaba muy lejos, cuando nadie las había previsto. Entonces salía al jardín, traspasaba la cancela y, muy quieto, observaba el cielo al fondo del horizonte, más allá de las suaves colinas terciarias coloreadas de morado por el reflejo de los nubarrones acerados. Después, cuando la tempestad se aproximaba, penetraba en la casa y paseaba de un lado a otro del pasillo. Entonces transpiraba intensamente y no contestaba a las preguntas. Cuando el primer relámpago iluminaba el corredor, su rostro se contraía en una mueca de repulsión. Se encerraba en su gabinete. Clara miró un día por la cerradura. Sentado en su butaca, se cogía la frente con las manos, como si fuese presa de un intenso dolor de cabeza o de una turbación lacerante.

f) **Las amistades.** Nunca tuvo amigos. Tan sólo saludaba cortésmente desde la puerta del jardín a vecinos de fincas próximas cuando cruzaban por el sendero que discurría frente a la casa. Los domingos iban a la parroquia. El saludaba a algunas personas con un gesto. Sólo le vio mantener una conversación más prolongada en una ocasión, sobre las escalinatas de la iglesia, con el párroco, un día de mucha lluvia bajo el gran paraguas negro.

g) **La familia.** Para Clara Schumann fue extraordinario saber que era una chica sin ningún pariente. Papá no tenía familia, ninguna familia, ni próxima, ni remota. O, al menos, jamás se comunicaba con ella. Su familia se reducía a ella y a Claudia, la criada, con quien mantenía una relación limitada a lo imprescindible, pero, sin duda, afectuosa. Pasaban semanas sin hablarse. Cada uno sabía cuáles eran sus movimientos.

h) **El correo.** Sin embargo, pese a esta soledad, que a los veinte años comenzó a parecerle intolerable a Clara, su padre recibía un par de cartas al año. El cartero se aproximaba a la casa en bicicleta y decía en voz alta «¡Claudia Slaughter!», y la mujer, dejando lo que tuviese entre las manos, salía corriendo hasta el jardín y recogía la misiva. Hasta que tuvo diez o doce

años, a Clara Schumann no le extrañó nada que esas cartas no estuviesen dirigidas realmente a la vieja sirvienta, sino a su padre. Claudia las dejaba sobre la mesa del gabinete del hombre que medía 2,10 metros, y, cuando regresaba, se encerraba para leerlas. La chica nunca pudo verlas después. El las guardaba bajo llave en un cajón de su escritorio. Carecían de remite.

i) **La contestación.** El hombre contestaba a aquellas cartas puntualmente. La niña le vio por la cerradura de su gabinete escribiendo en más de una ocasión. Eran contestaciones muy largas. Escribía con una lentitud insólita. Con la mano izquierda apoyándose la frente, parecía sufrir torturantes dudas sobre la forma de expresar sus ideas. A veces rompía dos o tres hojas que había tardado mucho tiempo en componer. Volvía a comenzar de nuevo. Sólo cuatro o cinco semanas después de haber recibido aquellas misteriosas misivas, él salía de la casa con un sobre grueso donde llevaba la contestación para su desconocido comunicante.

j) **Los niños.** Tenía un raro atractivo para los niños. A veces llegaba a casa acompañado por dos o tres chicos con un objetivo concreto: les mostraba algo del jardín o del desván, o les informaba sobre la marcha de sus trabajos con las maquetas. Los niños permanecían muy serios, sin permitirse el más mínimo gesto impertinente; se les veía, sin embargo, confiados. El padre de Clara les hablaba lo imprescindible, pero lo hacía con la convicción y la claridad precisas para que los chicos se sintiesen del todo recompensados por la visita. En un momento dado, les acompañaba hasta la puerta y les despedía. A veces, un par de chavales llamaban a la casa para preguntarle algo. Siempre les atendía.

k) **Los animales.** Miraba con fijeza a toda clase de bichos y sacaba de apuros a cualquier criatura viva que encontrase fortuitamente en situaciones comprometidas. Lo más llamativo, sin embargo, era la atención con que los observaba, como si le produje-

sen un raro pasmo, una especie de asombro que no decaía con la costumbre. No experimentaba la menor inquietud ante la presencia de especies generalmente odiadas: los ofidios y los batracios, por ejemplo, o las grandes ratas que, a veces, cruzaban corriendo como pelotas grises junto a las paredes del jardín.

l) **Las fotografías.** En la casa no había fotografías familiares. Eso resultaba presumible si se tiene en cuenta que el hombre que medía 2,10 metros carecía de parientes. Pero tampoco existían fotos suyas; ni una sola imagen infantil o juvenil. Tan sólo guardaba en su billetero las fotografías de carnet imprescindibles adheridas a sus documentos identificadores. Por eso, a Clara le llamó siempre la atención el marco ovalado que, en una pared del gabinete de su padre, encerraba el retrato de un caballero de edad madura, con raya en medio, lentes circulares, cuello duro y la mirada cansada de una persona habituada a la reflexión. Era un busto a la manera de las fotografías de estudio de finales de siglo: medio perfil, la mirada dirigida a un horizonte inconcreto y una postura tal vez pedante. Siempre vio el retrato en el mismo lugar, y cuando le preguntó a la cosa grande y tierna que quién era, él respondió: «Un amigo».

m) **La conversación.** Entonces ella insistió:

—Creí que era uno de mis abuelos... ¿No tienes ninguna fotografía de tu papá?

—No.

—Este amigo, ¿es el que te escribe?

—Sí.

—¿Es muy amigo tuyo?

—Es más que un amigo...

n) **Aspectos estéticos.** Hasta que no tuvo veinte años, Clara Schumann no detectó claramente que su padre, la cosa altísima y tierna que medía 2,10 metros, era francamente feo si ella se atenía al código estético común con que la gente juzga la belleza masculina. A Clara, desde luego, le parecía todo lo contrario: el cabello escaso y corto, una frente alta y los prominentes arcos superciliares; los labios gruesos y

la mandíbula dura, que parecía tallada en roca, le deparaban una imagen de facciones agrestes que se transformaban en algo sumamente tierno a causa de una huidiza expresión comprensiva y cálida. Era como un ogro bueno, paciente y lento, que le proporcionaba la impresión de tener siempre al lado a un guardían atento que jamás podría defraudarla.

ñ) **Los movimientos.** A los veinte años advirtió también la singularidad de sus gestos y movimientos. La lentitud de sus accciones resultaba excesiva, anormal sin duda alguna, y pese a que esa premiosidad era simultáneamente muy precisa y sólo deparaba sosiego, parecía evidente que no podía hacer las cosas más deprisa. En ciertas situaciones que requieren acciones diligentes (cuando, por ejemplo, se prendieron las faldas de la mesa al introducirse en el brasero) vio a su padre atenazado para los gestos vivos. Andaba despacio, y aunque podía acelerar el paso notablemente en ocasiones de urgencia, una característica extraña delataba cierta anomalía: caminaba arrastrando los pies sobre el suelo, o elevándolos mínimamente, como si le fuese imposible vencer la gravedad terrestre.

o) **El año 1920.** El año 1920 fue muy malo para el padre de Clara. Dos sucesos conjugados azarosamente le sumieron en un mutismo si cabe mayor que el habitual. Hubo un número inusual de tormentas anonadantes entre mayo y octubre y no recibió ninguna de las dos cartas que, indefectiblemente, le traía el cartero con regularidad anual. Las tormentas le produjeron una especie de marchitamiento general que le ensombreció la expresión de su rostro. Se hizo más hermética si cabe. La ausencia de cartas le sumergió en un estado de nerviosismo que, por primera vez, provocó en su naturaleza pacífica estallidos de mal humor. Desde finales del otoño salía todas las mañanas a la puerta del jardín y observaba con fijeza el camino por donde llegaba el cartero, esperando con ansiedad su aparición. Cuando pasaba en la bicicleta sin noticias para él, entraba en la casa abatido y

se encerraba en su gabinete hasta el día siguiente.

p) **Vuelven las cartas.** El 3 de febrero de 1921 recibió de nuevo otra carta. Se tranquilizó su semblante e incluso sus movimientos se hicieron más vivaces. Por la tarde, exultante de alegría, se llevó a Clara de paseo hasta el bosque de chopos. Le contó cosas fascinadoras sobre la naturaleza del musgo, que crece siempre en el costado norte de los árboles.

q) **La edad.** Representaba cincuenta años y nunca pareció tener menos. Un día de nevada, cuando los dos estaban sentados frente a frente al calor de las faldas de la mesa, Clara le preguntó: «¿Cuántos años tienes, papá?», y él respondió «te lo diré cuando seas mayor».

r) **Las cicatrices.** También a los veinte años, Clara consideró con toda seriedad lo extraño de las cicatrices. El hombre alto nunca usaba prendas de manga corta. En verano llevaba camisas holgadas de manga larga que se metía por la cabeza. Sólo tenían botones hasta la altura del pecho. Los puños casi le tapaban las manos. Nunca le vio desnudo, ni siquiera las piernas o los brazos. No obstante, en el transcurso de tantos años, pudo descubrir las dos cicatrices que le rodeaban las muñecas. Cuando ella tuvo veinte años, por casualidad, una tarde sofocante de agosto, advirtió cómo otra cicatriz violácea circunvalaba su cuello. Le preguntó por aquello y él, antes de contestar, terminó de beberse el zumo de limón que había preparado Claudia.

s) **La respuesta.** «Estas cosas..., no te importan ahora», contestó él mientras miraba a la cordillera a través del ventanal. Después se levantó y se encerró en su gabinete. Durante algunas semanas se mostró menos amable con ella, como si hablarle de las cicatrices hubiera supuesto un error reprobable que merecía cierto distanciamiento.

t) **El cumpleaños.** Cuando Clara cumplió veinte años comprendió con toda claridad que a la cosa cada vez menos tierna para ella que medía 2,10 metros de estatura no le gustaba que le hiciesen preguntas di-

rectas. Claudia tampoco contestaba a nada. Corroboró que él no celebraba los cumpleaños y le desagradaban las conmemoraciones establecidas. Dejó de festejar tenuemente la navidad apenas la chica cumplió catorce años. Entraba y salía de casa y a veces traía una cesta con embutidos frescos. Eso era todo. Entendió que era un hombre triste. Los días en que recibía carta eran sus fiestas, y algunas mañanas de primavera, cuando el campo estaba lleno de flores y de insectos y una brisa fragante oreaba la comarca.

u) **La enfermedad.** En julio del año 24, después de una escalofriante tormenta sin lluvia, el padre de Clara cayó enfermo. Dio instrucciones a Claudia para que le llevase la comida a unas horas fijas y se metió en la cama vestido. Se acostó con una gruesa chaqueta de pana y no se quitó las botas. Clara le vio por la rendija de la puerta: no parecía ocurrirle nada anormal, salvo que la lentitud de sus movimientos se hizo extremada. Tardaba mucho en desplazar su brazo hasta la mesita de noche para coger el vaso de agua. Parecía un mecanismo cuya batería estuviese agotándose. Las botas sobresalían de la cama debido a su altura. Llamaba a veces a Claudia con voz potente, como un hombre lleno de energía.

v) **La carta.** Sentado en la cama, tardó dos días en escribir una cuartilla por una sola cara, que repitió más de seis o siete veces. Después, en un sobre que Clara le llevó, escribió una dirección extraña: *Apartado 218. Ginebra.* Encargó a su hija que la depositase en el buzón del pueblo. Era un día ventoso y, por el camino, ella sintió la tentación de abrirla. Llegó al buzón antes de decidirse.

w) **La lectura.** En el transcurso de su enfermedad, sacó de alguna parte un libro que ella no había visto nunca. Tenía las tapas de tela negra, desgastadas y con manchas pardas. Leyó muy despacio en sus páginas durante varios días; cada hoja le costaba mucho tiempo. Mientras leía, a veces se dibujaba en sus labios una sonrisa irónica, la expresión de quien recibe noticias que le parecen falsas o triviales, excesiva-

mente pueriles. Vio el libro: se titulaba *El nuevo Prometeo*. La autora era una mujer de apellido inglés.

x) **Empeoramiento.** Días después sus movimientos se hicieron intolerablemente premiosos y todas las mañanas preguntaba inquieto por la llegada del correo.

y) **La decisión.** Una semana más tarde, Clara se encontró con el cartero por el camino, cuando se dirigía hacia su casa. «Llevo carta para la criada», le dijo. El día era inhóspito. La muchacha pensó que, de una vez, tenía que saber algo de aquello. «Dámela a mí». El cartero se la entregó, y ella, cien metros más abajo, pasó a la cantina de la señora Schultz. Pidió una infusión de tila y miró el sobre. Era del hombre del retrato. Lo supo por la caligrafía menuda y nerviosa de la dirección. La abrió cuando la señora Schultz le ponía la humeante taza de tila sobre el mostrador y le preguntaba por su padre. Era una nota breve.

z) **Más que un amigo.** «Queridísimo Uwe:

Tu enfermedad, tal como la describes, me preocupa seriamente y he dado las instrucciones oportunas para que parta una ambulancia que te traerá a mi clínica con toda la discreción posible. Mientras tanto, no hagas nada. Espero que todo se resolverá positivamente. Los trabajos que iniciara mi abuelo a finales del siglo pasado —continuados por mi padre—, después de una docena de intentos fallidos o defectuosos, han producido el milagroso resultado final que se concreta en tu persona, incluso capaz de engendrar una preciosa hija. Eso me da tranquilidad, permitiéndome no temer ningún accidente imprevisto. Te aguardo con impaciencia y creo que podré devolverte a casa en seguida. Ten confianza. Besos para Clara. Afectuosamente,

A. Frankenstein Jr.»

La pequeña historia del hombre/sueño

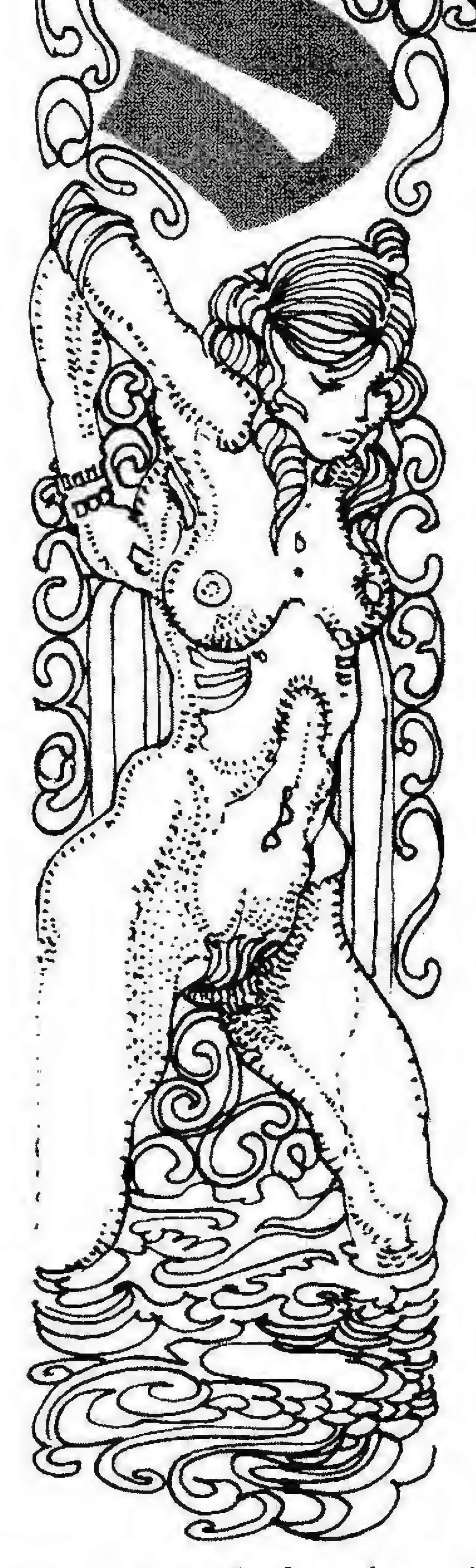




La pequeña historia del hombre/sueño

Alfonso Martínez Garrido

Todo seguía su habitual y cotidiano curso, todo era igual a siempre, nada se diferenciaba de lo mismo, excepto... ¡que su imagen no se reflejaba en los espejos!



SE levantó, tarareando una canción, contento y primoroso, no sabía por qué; y se dirigió al cuarto de baño. Pulsó los mandos de la ducha, hasta que la temperatura del agua alcanzó la justa correspondencia con los apetitos sibaríticos de su magnífica y entrañable piel. Se introdujo bajo las gotas diamantinas, igual que estrellas, del agua templada, y se frotó el cuerpo con jabones y perfumes de importación. ¡Qué hermoso era vivir! ¡Qué hermoso era amanecer todos los días, solo y solitario, pudiendo hacer de su personal y particular aseo un adonisiático rito! Luego, muy amado y muy envuelto por una afrodisiática toalla de algodón, en la que resplandecía el color de la rosa y el beso oloroso como de un niño, se acercó hacia el espejo, al objeto de afeitarse.

Entonces, entonces...

¡No se vio en el espejo!

Con el corazón suavizado de otra toalla frotó, primero, tiernamente el cristal, y luego, con inusitada anarquía. ¡Pero continuó sin verse en el espejo!

¿Qué broma era aquélla?

Se vistió, mirándose detenidamente todas las par-

tes de su cuerpo, hasta las más íntimas a las que alcanzaba su mirada. Se preparó un té y volvió al cuarto de baño. No; definitivamente, no: su imagen no se reproducía, no se reflejaba en el vidrio de aquel espejo, ni en el de los otros muchos diseminados por la casa, todos los cuales, en un insólito ataque de histeria, insólito dado su calmoso temperamento, estrelló contra el piso. ¿Qué estaba pasando? Gritó para escucharse a sí mismo, y oyó, en efecto, su terrible rugido. Pateó los cristales rotos, que crujieron como hielos; pero ni la más minúscula pieza de ellos le devolvió la que suponía entre sorprendida y aterrorizada mirada de sus ojos. ¿Qué estaba pasando?

Se afeitó al tacto, cantando, cantando a voz en grito para asombrarse, y bajó directamente en el ascensor hasta el garaje, donde el espejo retrovisor de su automóvil tampoco se hizo eco de su físico. «¡Ya está! —pensó para justificar aquella extraordinaria anomalía, pero lo pensó sin demasiada convicción—. Algún poder sobrenatural o maléfico, o posiblemente extraterrestre, había eliminado las facultades reflexivas de los cristales espejeados sobre las anatomías humanas. ¡Ya está!». Porque, por lo demás, todo seguía su habitual y cotidiano curso, todo era igual a siempre, nada se diferenciaba de lo mismo.

Su abstracción le hizo pasarse un disco en rojo. Entonces, y en un arrebato de conciencia ciudadana, dirigió el automóvil a la ladera de la calzada y lo detuvo. Esperaba que el policía que indudablemente le había visto cometer la infracción se aproximase a él al objeto de tramitar la denuncia correspondiente. Es decir: más que esperarlo, lo deseaba; deseaba y necesitaba hablar con alguien, no sabía si para explicarle su caso, o si para echarse a reír, o si para echarse a llorar. Miró hacia atrás, y vio que el policía proseguía impasible en su puesto, *como si él no existiera, como si él* —lo dedujo con terror— *no hubiera existido nunca.*

Reanudó la marcha. Hubiera querido bajarse del coche, y dirigirse hacia el agente, y tomarle y zarandearle por las solapas de su guerrera, y gritarle: «¿Es

qué no ha visto usted que me he pasado un disco en rojo? ¿Acaso está usted ciego?... ¿Qué manera es esta de cumplir con su obligación?». Pero se miró el reloj, apercibiéndose de que se le estaba haciendo tarde, de modo que reanudó la marcha, con la obsesión, sí, con la obsesión de que no existía, lo que le impulsó, por fin, a lanzar una gran carcajada, y con ella magníficamente sonora penetró en las oficinas una vez aparcado el coche en las instalaciones adecuadas al efecto en los bajos del edificio.

Atravesó la sala de recepción, riendo y con paso más decidido que de costumbre. ¡Extraordinario! La encantadora señorita Lucía no se dignó, pensó que por primera vez en su vida, en darle los buenos días con esa su sonrisa tan entrañable y cautivadora. Pero él sí se los dio a ella, y añadió, al tiempo de penetrar en su despacho:

—...y páseme la correspondencia, por favor.

¿Por qué, por qué no había ningún espejo en el despacho? Nunca lo había echado a faltar, pero ahora sabía que se trataba de un fallo. Porque ahora sabía también que precisaba mirarse en otro espejo, y contemplarse, y espantar para siempre de su mente ese moscardón, que ya estaba empezando a hacerse agotadoramente ruidoso, y que le decía y le repetía que él, Alberto Roj, ejecutivo de reconocido talento, no existía..., *que sólo era,* ¡eso es!, *el producto de un sueño.*

Lo que de su risa se había convertido en ligera sonrisa o amarga mueca desapareció de pronto de su faz, que presentía pálida y demacrada. Pero..., ¿dónde mirarse? Apuntó en el cuaderno de notas, aún antes de tomar asiento frente a su mesa: «Comprar un gran espejo... El espejo más grande del mundo». Y cayó, por fin, sentado.

Permaneció largo rato con la cabeza entre las manos, no supo cuánto, mas sí se apercibió que demasiado, y que la encantadora señorita Lucía ya debía de haber entrado en su despacho con el correo. ¡Ah! Tal vez la encantadora señorita Lucía tendría un espejo.

Todas las encantadoras señoritas Lucía siempre llevan un pequeño espejo en su bolso.

Pulsó el timbre que comunicaba con la cabina de la señorita Lucía. Y esperó.

Y esperó, y esperó, y pulsó de nuevo el timbre con desusada violencia; y esperó, y esperó, pero...

Su grito le arañó la garganta, como si se tratase de un gato loco:

—¡Lucía!

Se había puesto en pie, y no sabía cómo ni cuándo había empuñado el abrecartas de plata que refulgía ahora ante su mirada. Volvió a gritar el nombre de la recepcionista, aún con más ardor, y el daño se le agudizó de tal modo que le hizo pensar que le había rasgado el paladar. No, no podía ser un hombre/sueño, no podía tratarse de un hombre/sueño, porque acusaba el dolor. ¿O era, también, el dolor un sueño?

Movió el estilete de plata hacia su mano izquierda y, sin concederse a sí mismo un segundo al objeto de pensar lo que iba a hacer, lo clavó en su dorso con una cierta y placentera furia. La mano empezó a manar sangre al tiempo que Alberto Roj desprendía de ella el abrecartas. ¡Exacto! Los sueños no tienen sangre..., luego él no era el producto de un sueño. Pero quiso cerciorarse aún más, de forma que chupó su sangre violentamente, hasta que su especial sabor casi llegó a embriagarle. Era un sabor ajeno a cualquier otro sabor, pero era un sabor específico, entre dulce y amargo, entre excitante y sedoso... Era un sabor del que él podía gustar o repugnarse, y eso le bastaba a Alberto Roj para saberse vivo, definitivamente, aunque..., aunque no pudiera contemplarse en los espejos.

Por cierto...

Y la ya no tan encantadora, sino maldita señorita Lucía, sin aparecer.

Se vendó dificultosamente la mano con un pañuelo, apretando el nudo con los dientes, a la vez que baboseaba cuajarones ensalivados de su sangre. Y, decididamente, se puso en pie y se dirigió hacia la

puerta. La encantadora y maldita señorita Lucía le iba a oír.

¿A oír?

Volvió a dudar. ¿Le había oído la señorita Lucía, acaso, cuando él la dio los buenos días y cuando la llamó desgañitadamente? Es más... ¿Le había visto, por casualidad, entrar en la sala de recepción, atravesarla y penetrar en su despacho?

Su mano derecha se quedó agarfiada en el pomo metálico de la puerta, y sintió un frío de cardos rabiosos —imaginó que como el frío de la muerte— recorrerle toda su médula. No; la encantadora, y cautivadora, y maldita señorita Lucía no le había visto entrar, del mismo modo que el guardia municipal tampoco se había apercibido de su infracción al código de tráfico. No; la desencantadora, y desescautivadora, y la ya para siempre maldita señorita Lucía no había escuchado su saludo, ni su risa, ni sus órdenes, ni sus gritos angustiosos.

Pero podía ocurrir, pensó, mientras se dirigía de regreso a su sillón, podía ocurrir que quien, en realidad, no existía era el guardia urbano. Ni existía la señorita Lucía. Nadie existía a su alrededor. Y todo el mundo no se trataba sino de un producto de su sueño (a la contra de lo que anteriormente había cavilado), el gran sueño de Alberto Roj..., ¡ja, ja, ja, ja!

Y su rostro cayó, sollozando, sobre la mesa.

* * *

El mediodía vino deprisa. Y la señorita Lucía, sin aparecer.

Al rozarse la mano por la mejilla, creyó recordar que se había afeitado temprano, pero su barba raspaba como cuando marchaba de vacaciones y aprovechaba para pasarse largos días sin rasurarse la cara. Decidió, otra vez, salir al antedespacho. No había nadie. Ni siquiera la señorita Lucía estaba en su cabina.

Ah... Tal vez era la hora de tomarse el tentempié en la cafetería.

Y sonrió, condescendiente. Y quiso mirarse el reloj en la muñeca, a fin de confabularse con su absurda suposición, más lo que vio en ella, trémulo de horror, fueron unas monstruosas larvas; vio unos animales, aunque diminutos, fantasmagóricos y babeantes, surgiendo por debajo del pañuelo que cubría la herida que se había producido con el abrecartas, y que... y que ¡se le estaban comiendo la mano!

En un frenesí descontrolado, utilizó su mano derecha y los dientes para deshacerse de la atadura del pañuelo. Ahora no sentía ningún dolor. Pero sabía que en su boca se habían introducido algunos de aquellos bichos, y que, si tenían sabor alguno, sabían a sangre, a su propia sangre, de forma que los tragó con un grumo de saliva, mientras con su mano derecha sacudía de monstruos la su ya indolora mano izquierda.

Pero todo era inútil; las larvas continuaban brotando de la herida, igual que si ésta fuese un manantial satánico, y las que caían al suelo trepaban inmediatamente por sus zapatos y empezaban a invadir sus piernas irrefrenablemente, como si se tratasen de vandálicas legiones de gusanas. Y lo primero, en efecto, que desapareció de su cuerpo fue la mano izquierda. Aquella mano suya, tan entrañable, que tan maravillosamente sabía utilizar para llevar a cabo su eficacia como ejecutivo. Aquella mano suya imprescindible, sobre cuya muñeca portaba el reloj, y en la palma, grandes bofetadas. Aquella mano, ¡Santo Dios!, aquella mano...

Aquella mano, arrastrada por el poder devorador de las larvas, se le cayó de la muñeca, arrastrando tras de sí el reloj, que rebotó en el suelo y quedó parado. En un momento sólo quedó de su mano un puñadito de huesos esparcidos. Por el muñón sanguinolento de su brazo indoloro asomaban, gusaneando implacables, otras larvas, y aunque Alberto Roj supo que su

grito de pavor hubiera podido resucitar a mil muertos, en esta ocasión no se oyó. ¡No se oyó!

Se llevó la mano derecha, la única que le quedaba, a la boca, para buscarse la lengua, y tampoco encontró la lengua. Pero algo sí había extraído de aquella cavidad horrible. Abrió el puño, y vio que eran más larvas, babeando sangre, y se le empezaron a introducir entre las uñas y los dedos...

* * *

Alberto Roj estaba frente a su casa. No sabía cómo había llegado hasta allí; no sabía si era de día o de noche, si hacía frío o calor, más lo cierto es que Alberto Roj se hallaba ante su casa.

En el camino había perdido la otra mano. Y los muñones se encontraban, a medida que transcurría el tiempo, cada vez más cerca de los hombros. Tampoco sabor ni olor alguno podían cerciorarle de que existiesen su paladar y sus narices. Solamente sus ojos estaban vivos; solamente sus ojos y su correspondencia con el cerebro.

De pronto vio a la señorita Lucía penetrar en el edificio. Dudaba de que los pies pudieran responderle para correr hacia ella, pero, sospechosa e inexplicablemente, le respondieron. Y se introdujo en el ascensor junto a la señorita Lucía, intentando hacerse presente ante ella, intentando darse a conocer, más la encantadora señorita Lucía, una vez más, no se inmutó. Vestía de negro y no sonreía. El quería hablarla y tocarla, pero ya sabía, definitivamente, que aquello era imposible. Sólo sus ojos, se dijo, sólo sus ojos le podrían dar fe a la señorita Lucía de su presencia ante ella, de su vivencia aún animada.

La miró fijamente. Mas..., ¿por qué la señorita Lucía había acudido a su casa, si él no la había requerido ni como secretaria ni como amante, al igual que había hecho en otras oportunidades?

La respuesta tenía que estar cerca.

Y se abrió la puerta del ascensor, el cual abandonó

detrás de los pasos de la impávida señorita Lucía, que la dirigieron metódicamente hacia su apartamento. Y en él, inesperadamente, se topó con todo el personal de su oficina, con todos sus amigos, con los poquitos familiares —no supo cómo los reconoció— que le quedaban y de los que no tenía noticias desde hacía años.

¿Fue una ligera esperanza de ser, al fin, visto y reconocido por alguien, o fue el más tremendo de los pavores lo que empezó a nublarle los ojos?

Hablaban, hablaban, y sus palabras, a cada instante más difuminadas, se le incrustaron en lo poco que ya quedaba de sus sienes como si se tratasen de abejas furiosas.

—...rompió todos los espejos de la casa antes de morir.

—Lástima... Tenía un gran porvenir.

—¡Y era tan joven!

Entonces, y entre las nieblas que se densaban a velocidades de vértigo ante su mirada, vio el ataúd. Y allí dentro estaba Alberto Roj, él mismo, amortajado... Luego él no era él, sino, efectivamente, el producto de un sueño. Nunca había existido como hombre, y sí había existido en alguna ocasión, ya estaba muerto. ¡No!

* * *

Lo último que oyó fue el cerrarse de la caja con goznidos perversos. Inmediatamente, las larvas le abandonaron y se dirigieron hacia la taza del inodoro, en cuyo interior se introdujeron entre la niebla. Y fue la niebla lo último que vio.

Después, nada; sencillamente, nada. Enterraron a Alberto Roj, y eso fue todo.



La casa olvidada

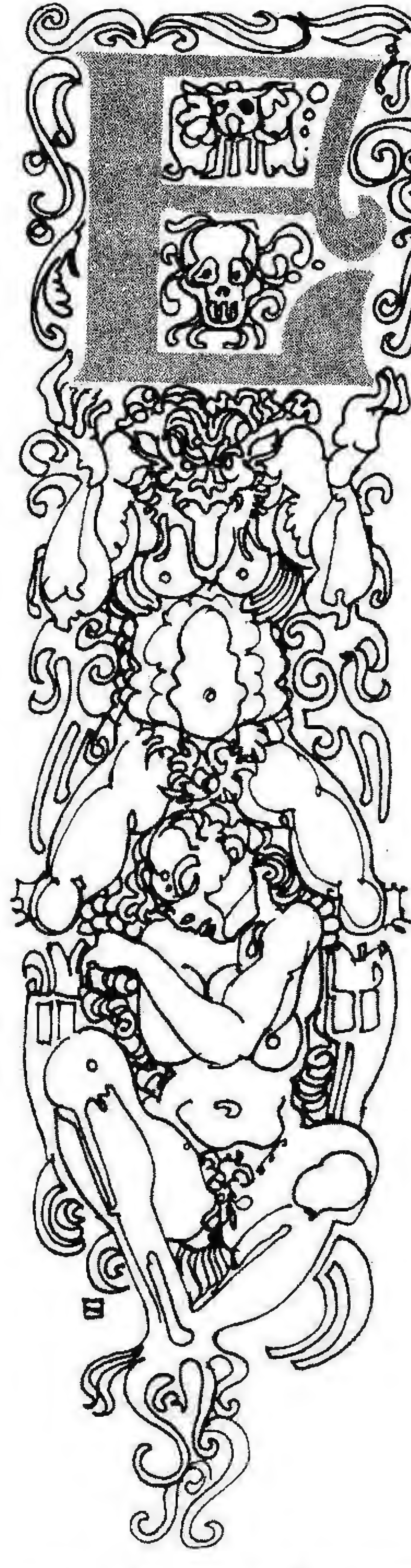




La casa olvidada

Martín Antonino

Aquel lugar no se parecía a ningún otro; allí no existía la noción del tiempo y del espacio...



N junio de 1978 murió mi padre. Hay circunstancias en la existencia de un hombre (por supuesto, azarosas) que le permiten discurrir por la vida, desde su más remota niñez, sin hallar en su camino ninguno de esos obstáculos, a veces insuperables, que otras personas deben salvar a costa de enojosos esfuerzos que, a la postre, y en la mayoría de los casos, no les conducen sino a situaciones mezquinas y anónimas, dadas las condiciones del todo desfavorables de sus orígenes.

Yo tengo que dar gracias a Dios por haber allanado todas esas dificultades desde el momento mismo de mi nacimiento. Hijo de un hombre acomodado, o mejor —¿para qué echar mano de inexactos eufemismos?—, francamente rico, pertenezco a una de esas familias cuyo solo apellido suscita la atención y el respeto de la sociedad y te permite el acceso a círculos vedados incluso para ciudadanos ilustres. Inclinado a las letras desde mi juventud y bien parecido, según una opinión unánime que, en ocasiones me resulta embarazosa, apenas tuve dificultades para publicar mi primer libro de versos y más tarde esa

novela romántica cuyas primeras ediciones se agotaron en seguida.

Sin embargo, una inconveniente tendencia a la misantropía y a la soledad, me han determinado, en más de una ocasión, a buscar refugio en lugares apartados, lejos de ese mundo vacuo y adyacente donde generalmente se ha movido mi familia.

Mi madre desapareció hace muchos años, y a la muerte de mi padre, siendo hijo único, me vi de pronto en posesión de una abrumadora fortuna y una serie de propiedades que, lejos de entusiasmarme, tan sólo me depararon la alegría de hacer posible un anhelado propósito que siempre, no sé por qué, impidió mi severo progenitor: retirarme una temporada a Los Acantilados, alejado por completo de ambientes y amistades que únicamente han sabido, durante toda mi vida, prodigarme exagerados ditirambos de dudosa sinceridad.

Los Acantilados es una mansión del siglo XVII situada en un paraje solitario al borde de hondos acantilados sobre los que se abaten las violentas olas del océano septentrional. Sólo estuve allí en una ocasión, siendo niño, y la imagen de sus estancias barrocas con muebles de estilo inglés posteriores, el bramido del mar y la bruma que cubría el paisaje, han dejado uno de esos recuerdos persistentes que se hizo particularmente intenso durante la adolescencia. Mi padre jamás volvió por allí; nadie de la familia, desde aquel extraño viaje fugaz, pisó una sola vez la casa, y se mantuvo, a partir de entonces, una especie de tácito olvido sobre un lugar que se sumió en el silencio con que se suelen velar los más graves secretos de una casta.

El acceso a Los Acantilados era imposible en automóvil. Llegué con dificultades hasta P..., un pueblo distante tan sólo cinco kilómetros de mi destino. Gran parte de nuestro patrimonio cubre esa comarca del norte, y sus habitantes, al reconocerme, mostraron la excesiva solicitud empalagosa de quien se sabe de alguna forma dependiente de ti o deudor. Estas

manifestaciones de rendida disponibilidad me molestan sobremanera y, aún a riesgo de resultar detestable, me mostré distante y esquivo. Llegué al anochecer, entre dos luces, cuando la oscuridad estaba ya demasiado próxima para emprender la marcha a pie hasta Los Acantilados. Dormí en casa del párroco, y dejé todo dispuesto para que, al día siguiente, alguien me llevase el equipaje hasta la casa y subiesen unas cuantas mujeres a limpiarla. Yo partí solo y a pie muy temprano.

Los Acantilados se levantan sobre una pequeña meseta árida y arenosa hasta la que se asciende por un empinado terreno rocoso donde crecen arbustos frescos cuyo nombre desconozco. El día estaba nublado y extremadamente húmedo, velado por esa clase de niebla espesa que traspasa las más recias prendas de abrigo dejándote aterido. A un kilómetro aproximadamente de mi destino comencé a oír el distante bramido del mar, como el ronco y acompasado jadeo inacabable de un oscuro ser del que se adivina un profundo y contenido enojo. Un anciano estaba detenido junto a una roca. Nos vimos mutuamente desde lejos. Advirtió que yo era forastero. Le dije «buenos días» al pasar junto a él con el propósito de no hablar nada más. Sus intenciones eran otras...

—¿Va usted a Los Acantilados?

—Sí —respondí secamente.

—Usted es de los Quirós-Salazar —afirmó.

—Sí...

—El hijo...

—Sí.

—Le acompaño en su sentimiento —me dijo refiriéndose, supongo, a la reciente muerte de mi padre. Se quitó el sombrero negro.

—¿Le puedo dar un consejo?

—Bueno.

—No suba usted ahí. Yo nunca lo hago y ya ve los años que tengo.

—¿Por qué?

—Oh, señor, ese es un lugar olvidado de Dios.

Dijimos algo más, mientras yo, evitando la conversación, había reemprendido mi camino. El viejo se quedó atrás hablando aún. Oí otra vez la frase hecha «un lugar olvidado de Dios», que entendí entonces con el sentido alegórico de toda locución tópica. Le dejé atrás envuelto por la niebla.

En la primera página de *El hundimiento de la casa Usher,* uno de los más famosos relatos de Poe, se describe insuperablemente la desolación que embarga a un jinete solitario al aproximarse por el páramo, en una tarde borrascosa, hacia una mansión tétrica. Evoqué entonces esa página magistral. Había llegado a la cima de la meseta y, a unos cien metros, apareció la casa frente a mí. Era un palacete de tonos grisáceos. Las ventanas oscuras, semicubiertas por plantas trepadoras, y el sombrío tono apagado de sus muros, me produjeron en seguida un deprimente sentimiento de aguda melancolía.

Me detuve expectante. Había dejado, extrañamente, de oír el mar, pese a estar mucho más cerca, y el aire húmedo que cubría aquel paisaje evacuaba un asombroso silencio. Resulta difícil expresar la viva sensación nefasta que me atenazó apenas pisé la plataforma arenosa: no sólo parecía haberse desvanecido mi facultad de oír; daba la impresión, también, de que el tiempo se hubiese congelado para siempre en la meseta. A la vez, experimenté la singular turbación que se produce cuando, a veces, al despertar en tu dormitorio y antes de abrir los ojos, adviertes que has perdido el sentido de la orientación. No puedes localizar la situación de la ventana o la puerta y sólo después de un persistente esfuerzo, ordenas en tu cerebro el correcto lugar que ocupan las cosas.

Por un momento no supe si el pueblo quedaba a mi espalda o frente a mí. No pude situar el océano, e incluso resultaba dudoso que pudiese llegar a la mansión (obviamente situada frente a mí) andando en línea recta. El suelo estaba salpicado de charcos residuales formados por aguas ponzoñosas en las que ad-

vertí la presencia pululante de execrables insectos acuáticos de aspecto repulsivo.

Todas las extrañas sensaciones apuntadas desaparecieron cuando, dando un respingo, presa de un indeseable sobresalto, expulsé de mi pie a uno de esos repugnantes bichos que había comenzado a ascender por la caña de mi bota. Jamás había visto aquella especie, una mezcla de gusano carnoso y araña, de tono lechoso. La arena, me fijé entonces, tenía un desagradable color violáceo.

Las mujeres contratadas para limpiar aparecieron pronto y, cuando a mediodía habían dejado la casa ordenada, todas las impresiones negativas que experimenté al llegar, se disiparon en seguida: la conservación impecable de los magníficos muebles victorianos, la solidez y perfecto estado de una fábrica arquitectónica espléndida, los soberbios tapices y alfombras, las chimeneas crepitantes y algunas estancias de lectura o trabajo, remozadas por mis antepasados con el exclusivo objeto de hacerlas confortables, me proporcionaron el marco anhelado por cualquier escritor que desea trabajar en las mejores condiciones.

La casa era grande, de dos plantas, y esta circunstancia me deparó singulares contratiempos aquella tarde. Aunque la distribución de corredores y aposentos no era compleja, me desorienté por completo, y el simple hecho de regresar a una habitación determinada (el saloncito situado sobre el mar, por ejemplo) se convirtió en un penoso ejercicio deambulatorio por estancias inciertas. A la hora de acostarme incluso me sobrevino un sordo enojo cuando, francamente alarmado, no pude dar con el dormitorio principal, pese a una busca tenaz que se convirtió en un reto. A las dos de la madrugada, rendido por la excitación nerviosa y una jornada llena de novedades, opté por quedarme en una alcoba de reducidas dimensiones que encontré al azar. Su decoración general había sido concebida para que la ocupase una mujer joven.

Era muy acogedora, pero dos detalles imprevistos

me produjeron un súbito sobresalto apenas entré en ella y encendí la luz. Un perfume marchito endulzaba sus ámbitos, demasiado intenso para que persistiese con aquella viveza desde que, hacía decenios, alguien visitó la casa por última vez. Sobre la cama advertí la huella de un cuerpo humano. Razoné las dos circunstancias: las mujeres de la limpieza habían sentido la tentación de usar por unos instantes los perfumes y las camas de gentes cuyas formas de vida resultarían para ellas tan hechizantes como quiméricas.

Dormí bien. A la mañana siguiente salí a pasear por los alrededores de la mansión y descendí unos metros por los acantilados. El ruido del mar —me extrañó— era ahora intensísimo. Atribuí a inconcretas condiciones acústicas provocadas por el viento el inexplicable silencio que rodeaba al palacete el día anterior. Aquella mañana, por el contrario, el rugido de las olas era excesivo. Deduje que la mayor parte del tiempo debería permanecer en el interior de la casa (y no me disgustaba la perspectiva); el paisaje que la rodeaba era realmente abyecto: además de los charcos pestilentes ya mencionados y una arena de raros tonos luctuosos, el aire mismo estaba cargado de un inexplicable hálito inquietante, como ocupado por cierta atonía intemporal que producía angustia. En el suelo crecían arbustos inusuales que incluso me atemorizaban. Su contextura era, aproximadamente, la de una planta. Nada, sin embargo, *nada,* rememoraba en ellos a un vegetal común. Enganchado a la rama de uno de ellos vi el girón de una puntilla blanca, perteneciente, quizás, a unas enaguas. Nadie, por allí, debía usar ya esa prenda. Lo recogí con cuidado; estaba nuevo. Sentí un escalofrío: exhalaba un vago aroma marchito.

Escribí durante una tarde anómala que trascurrió con una celeridad sorprendente; el silencio más absoluto se había abatido de nuevo sobre la casa. No se oía el mar, tampoco el grito de ningún ave. Cuando el sol declinaba tras la bruma, sentí una turbadora ofuscación: por un momento creí que la fiebre difi-

cultaba una normal sensibilidad de mis sentidos. Delante de mi escritorio se alzaba un muro con un espejo de complicado marco rococó. Debajo se situaba la chimenea. Era un cuarto de reducidas dimensiones. Tuve la desagradable impresión de que aquella pared se había distanciado de mi escritorio, desplazándose hacia un fondo extrañamente distante. Todos los muebles y objetos de la habitación (particularmente los sillones) adquirieron a la vez una innombrable presencia neutra, algo semejante al fenómeno común que se produce al repetir con insistencia una palabra hasta que pierde su sentido. No sé cómo explicarlo. Trato de decir que *no entendía* la forma de los objetos. Me serené al anochecer. Cené un bocadillo de queso y un vaso de leche.

No conseguí llegar hasta el cuarto femenino donde dormí la noche anterior: me perdí de nuevo por corredores alfombrados donde abundaban los óleos y los jarrones de cerámica francesa. Penetré finalmente, dejándome llevar por el capricho, en un dormitorio desconocido de la planta baja.

¿Se acostaron las mujeres que subieron desde el pueblo en todas las camas del edificio? ¿Abrieron el mismo frasco de perfume en todas las habitaciones? Allí también me asaltó la fragancia marchita de un perfume antiguo. En la colcha amarilla de raso se dibujaban huellas de una figura humana. Llovió torrencialmente por la noche y creí oír pasos quedos en los aposentos de la planta de arriba. Dormí mal. Por la mañana la meseta arenosa estaba absolutamente seca.

La insistencia durante varias jornadas de desconcertantes extravíos por la mansión y momentáneos desajustes de mi conciencia (enojosas confusiones en la percepción del espacio y el tiempo) me decidieron a bajar al pueblo en busca de un médico y de alguien que me acompañase en la mansión, sirviéndome, a la vez, de ayudante personal. Nadie quiso subir conmigo. Ni mi apremio, ni la promesa de unos buenos honorarios, convencieron a ningún vecino. El médico era un hombre viejo que tan sólo conservaba un re-

cuerdo vago de su profesión. Se limitaba a mandar a todos los pacientes a la ciudad. Ni siquiera le consulté. Me volví hacia Los Acantilados una mañana húmeda. Encontré al mismo anciano.

—Buenos días, señor... ¿Cómo se está por allí arriba?

—Estupendamente —le contesté para evitar comentarios detestables por su parte.

—¿Nada de particular?

—No, nada de particular.

Seguí mi camino. El permaneció mirándome con un gesto indescifrable en el que tal vez se reflejase cierta duda irónica.

Al llegar a la meseta arenosa, como si un siniestro nubarrón hubiese cubierto tan sólo aquellos parajes, la mansión, cien metros al fondo, se veía sumida entre brumas crepusculares que únicamente proporcionaban al paisaje una indeclinable tristeza. No había nada en aquella visión que no resultase desolador. La tonalidad vespertina de la luz resultaba, por lo menos, chocante: había salido muy temprano del pueblo; era del todo imposible que hubiera anochecido ya.

El suelo, que al partir de allí estaba seco, aparecía ahora completamente encharcado de aguas negras. Me aproximé a la casa chapoteando en un líquido turbio y oscuro que se filtraba en los zapatos. Estaba helado y me producía un escozor impreciso.

Al penetrar en el edificio, sólo quizá después de muchas horas, hallé el pequeño saloncito donde escribía. Me senté en el sillón victoriano frente a mi escritorio. Una nerviosa zozobra me impedía fijar la atención con la necesaria persistencia en la precisa tarea que es escribir por lo menos con decoro.

Los alarmantes acontecimientos que experimenté desde que llegara a Los Acantilados (no quería rendirme al espanto de que fuesen reales) habían comenzado a alterar mi estado de ánimo, generalmente sereno. Afuera se había levantado un viento silbante que hacía batir las puertas de alguna ventana abierta

en el piso alto. Conseguí serenarme pasado un espacio de tiempo que me es imposible precisar. Intenté proseguir mi trabajo bajo la luz de una lámpara de mesa provista de una preciosa tulipa de tela verde.

A veces, la presencia sigilosa de alguien que cruza el corredor colindante con la habitación ocupada por un hombre atareado ante su mesa de despacho, no se detecta por el ruido de sus pasos, sino por un ambiguo cambio de la luz en la estancia que ocupas, algo demasiado sutil para describirlo, un aleteo nada más, producido por una alteración general de la tonalidad luminosa del recinto que es provocada por el cuerpo opaco del sujeto que discurre por el pasillo. Quizá vi la ráfaga de un vestido largo desapareciendo al otro lado del marco. Fue cierto que una lengua de perfume inconfundible penetró en la habitación. Salí al pasillo, oí pasos quedos: el aire estaba cargado de fragancias decadentes.

Seguí a *alguien* por salones, corredores y escaleras. Por las paredes corrían aquella clase de insectos infernales que ya conocía.

—¿Quién es? —grité—. ¡Deténgase!

Tal vez el intruso también se había extraviado. Declinaba una tarde impropia (¿o amanecía?), cuando tras el recodo de aun estrecho corredor, cesaron los pasos. Llegué hasta allí. Había una puerta abierta que daba a un saloncito en penumbra donde se distinguía una cama con dosel y un tocador. Frente a mí se abría un ventanal por el que penetraba la luz de un anochecer nublado, extremadamente melancólico. Una silueta femenina, que me daba la espalda, parecía absorta mirando en dirección al océano.

Me detuve. Después avancé unos pasos, con el respeto que impone la presencia de una mujer que aguarda serena tu actuación imprevista. Tenía el cabello oscuro partido por una raya central y cintura de adolescente. Llevaba un vestido largo completamente en desuso.

—Perdone... —le dije—. ¿Quién es usted?

Ella se volvió. El mar se oía ahora con ensordece-

dora intensidad. Uno de aquellos insectos repugnantes caminaba por su antebrazo desnudo. No pude ver su rostro con la claridad precisa en la penumbra de la habitación. Seguramente me sentí traspasado por el miedo. Parecía una persona joven, tal vez una adolescente, pero su expresión equívoca y una insidiosa decrepitud facial, le deparaban una apariencia ambigua y espeluznante. No se podía, ni siquiera aproximadamente, emitir un juicio sobre su edad. Podía tener quince años o cien.

—Váyase de aquí —dijo entonces con una voz suave que no comportaba animadversión.

—Tiene un bicho en el brazo —le advertí alarmado.

—No se preocupe; son inofensivos.

—¿Por qué debo irme?

—¿No se da cuenta? ¿No ha percibido que este

Un escalofrío siniestro me recorrió todo el cuerpo. Empezaba, tal vez, a comprender.

—Es el castigo más aciago que puede inflingir el Creador a un hombre, a una comarca... Dios se *olvidó* de esta mansión, *la dejó al margen.* Las leyes naturales no rigen aquí... El tiempo, el espacio, la vida, el clima, yo misma...

—¿Usted?

—Sí, la ley suprema de la muerte no me afecta. Nací en esta casa hace doscientos años; estoy condenada a deambular errante por sus corredores y aposentos, extrañada día y noche, incapaz de entender sus espacios, sin noción precisa del paso de los siglos...

Probablemente siguió hablando, no lo sé. La aparté de la ventana quizá con brusquedad. Abrí sus postigos y salté a las heladas charcas de la meseta de arena. Corrí en dirección al pueblo presa de una excitación que me ahogaba. Cuando salí al camino me di cuenta de que una mañana nublada cubría la comarca. Chispeaba. El pueblo, abajo, me produjo ese sentimiento reconfortante que te depara la llegada a tu país cuando, tras un prolongado viaje, has permanecido largo tiempo visitando tierras extrañas.

El anillo

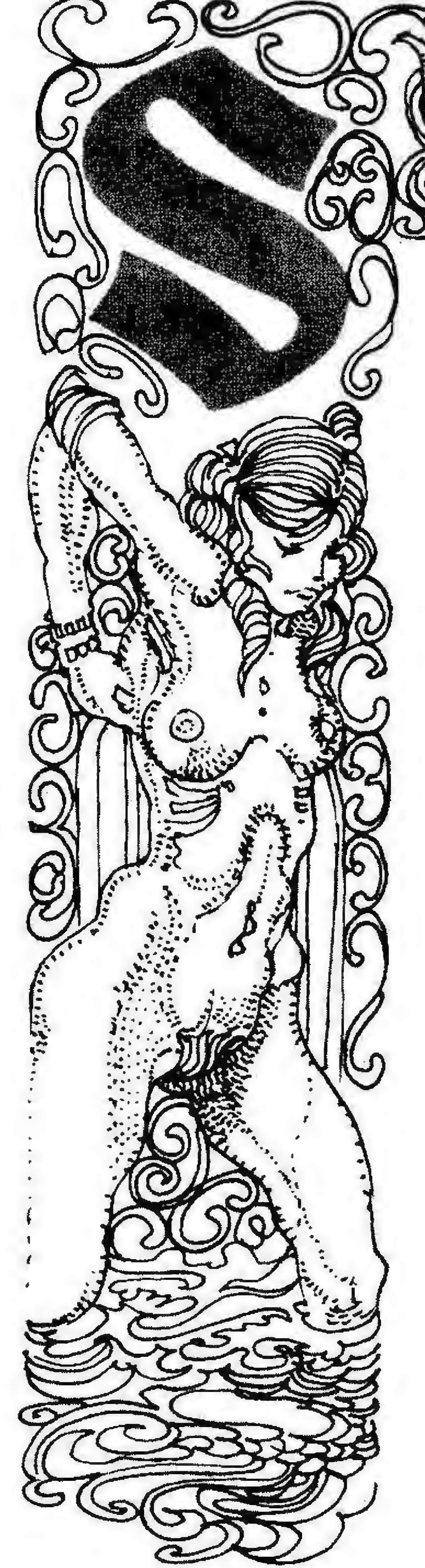




El anillo

José Manuel Valls Jiménez

Las víctimas corrieron hacia el fuego, y no huyeron de él. El hecho le confirmó que las razones de este comportamiento suicida quedaban, como tantas otras cosas de la extraña historia, en la más completa oscuridad.



SIGUE corriendo. Corre. Corre. Estoy perdido nunca saldré de aquí.

No pares. Tienes que encontrar un pueblo. Una casa. Algo. Que te ayuden a escapar de la pesadilla. No, no recuerdes nada, olvídate y sigue corriendo o ella te dominará.

Tropiezo. El suelo se eleva y golpea mi cara. Mi boca. Mi boca está llena de tierra y musgo. Me ahogo en un jadeo interminable. No descanses, no pienses, no recuerdes. La sangre retumba enloquecida en mis sienes. No me deja pensar. Sigue corriendo no pares.

El horror está conmigo.

Algo asciende desde el fondo de mi cerebro. No, no pienses. Sigue o te volverás loco.

El suelo está húmedo. Lo noto a través de la camisa. Ya casi es de noche y no puedo abrir la mano y tirarlo y huir. Tengo que encontrar ayuda y tirarlo. Tirarlo lejos.

Sigue ascendiendo. Es casi un recuerdo lejano. Se abre paso en el caos histérico de mi cerebro acercándose más y más.

Me levanto y corro sin saber hacia donde. Procurando no ver mi mano, inexorablemente cerrada, que

se mueve conmigo. Tratando desesperadamente de no recordar cómo empezó todo, de no caer en el horror que me acompaña. Oyendo mi propia voz que me grita una y otra vez corre no pienses sobrevive, sin darse cuenta de que ya es de noche y mañana estaré loco.

O en el mejor de los casos, muerto.

* * *

...La naturaleza de tales fenómenos escapa a la comprensión de mis colegas y mía en estos momentos, pero no nos resignamos a dejar este caso sin una explicación lógica, ya que estamos seguros de que la tiene.

Por tanto, y a fin de conservar todos los datos posibles para futuras investigaciones, decidimos poner por escrito todo lo que conocemos de la historia, incluyendo lo sucedido antes de que el paciente ingresara en nuestro centro, y he sido yo el encargado de realizar esta tarea...

El veintiuno de julio de 1962 ingresó en este hospital psiquiátrico un joven de veinte años. Alto, moreno, de facciones angulosas. Su constitución fuerte que contrastaba con ojos hundidos y bordeados por unas ojeras amoratadas. Su mirada estaba continuamente perdida, como si quisiera huir de él y posarse en un punto invisible y lejano. Todo su cuerpo daba una sensación de relajamiento y dejadez resignados, excepto su mano derecha que se cerraba en un puño con tal fuerza que resaltaban los tendones del antebrazo.

Todos los síntomas indicaban que se hallaba bajo los efectos de un fuerte shock, lo que nos resultó lógico una vez leído cierto informe que nos llegó con él.

Según este informe, nuestro paciente, con otros seis compañeros partieron de Kelchau, un pequeño pueblo de las montañas del Norte, en la mañana del 10 de julio. Su intención era marchar a pie durante

siete días cruzando las montañas, y sin acercarse a la civilización.

* * *

A vista de pájaro, el lento moverse de sus mochilas parece un gusano multicolor que asciende trabajosamente la montaña. Arrastrándose alrededor de las grandes piedras; recogiéndose sobre sí mismo cada cierto tiempo a la sombra de alguno de los pinos que se alzan solitarios cerca de la primera cumbre de la sierra.

Al atardecer del día 10 acampamos en la otra ladera de la montaña. Sabíamos que desde ese momento los únicos vestigios de civilización que íbamos a encontrar serían las abandonadas torretas de vigilancia contra incendios que se alzaban de vez en cuando en algún claro.

Hace un mes acepté con agrado la idea de reunirnos otra vez —después de dos años— para hacer una marcha «como en los viejos tiempos».

Luego fue la insistencia de Karl para que viniéramos precisamente aquí.

Realmente hay zonas más bellas y salvajes que ésta. Hay algo en estos valles y montañas que sugiere la idea de que estuvieron habitados en un tiempo tan lejano que el bosque ha borrado cualquier vestigio. Al menos, fue ésta la impresión que me produjo aquel mar ondulante de pinos, del que se alzaban, majestuosos, los picos de piedra gris.

Yo sabía, o creía saber la razón por la que el pequeño y elocuente Karl nos convenció para que viniéramos aquí. Hace años, durante una conversación intranscendente con un amigo común, me enteré de que su familia procedía de algún pueblo de esta región, hecho que Karl nos había ocultado cuidadosamente, incluso ahora.

* * *

El informe de la policía se torna bastante confuso

en lo referente a las investigaciones —realizadas conjuntamente con el servicio forestal— relativas a lo que sucedió en los tres días siguientes a la salida de los jóvenes del pequeño pueblo de Kelchau.

Se dice en este informe que la separación del grupo fue posiblemente consecuencia de un accidente. Esto motivó que tres de ellos fueron a pedir ayuda, mientras el resto permanecía junto al accidentado.

Esta suposición puramente hipotética se basa en el hecho de que uno de los cuerpos presentaba una fractura en la pierna derecha. (Precisamente de este cuerpo dice el informe más adelante: «estaba extrañamente calcinado, presentando un aspecto inequívocamente distinto del resto de las víctimas». —Párrafo que, por cierto, no apareció en la prensa).

Otra razón para aprobar esta teoría es que, de no haberse detenido al menos durante un día, habrían fijado su campamento bastante más lejos, ya que éste sólo se hallaba a dos días de camino de Kelchau.

Por desgracia, nuestro paciente no pudo ayudar en ninguna de las fases de la investigación, pues se mantuvo en estado delirante hasta el momento de su muerte.

* * *

Bayer abría la marcha con paso decidido. Llevábamos caminando tres horas y ya habíamos recorrido bastante más de lo previsto para hoy, pero él no parecía darse cuenta, y los demás jadeábamos detrás sin atrevernos a protestar.

Andábamos por una parte del bosque bastante sombría, con unos pinos enormes que apenas dejaban pasar el sol. Los troncos estaban cubiertos de musgo gris y una capa de agujas de pino cedía suavemente a cada paso, haciéndonos avanzar de forma silenciosa, casi furtiva.

De pronto Bayer desapareció en la tierra.

Aún antes de oír el ruido del suelo al ceder, le vimos alzar los brazos y hundirse —como a cámara

lenta— en lo que parecía ser un pozo cubierto hasta entonces por ramas y hojas. En realidad todo sucedió en un segundo.

Inmediatamente nos acercamos al borde. Empecé a fijar una soga al árbol más cercano, mientras los demás llamaban a Bayer desde el borde del agujero, sin recibir respuesta.

Ya estaba todo dispuesto para que uno de nosotros bajara, cuando oímos la voz de Bayer. Sonaba un poco rara desde el fondo, y habló sin separar las palabras. Dijo en su habitual tono de mando que le echáramos un cabo, no hacía falta que bajáramos, pero que nos diéramos prisa en tirar de él. Eso último lo repitió dos veces.

Unos segundos después nos dio la señal de que ya se había atado, y comenzamos a subirle.

Ya habíamos recuperado casi toda la cuerda cuando Bayer empezó a gritar.

Al principio, como poseído de una extraña pesadilla, suplicaba histéricamente a una mujer que se alejara de él. Luego sus gritos se tornaron incoherentes hasta que cesaron por completo.

Asustados tiramos más rápido de la cuerda, hasta que por fin salió a la superficie, y cogiéndole de los brazos lo tendimos en el suelo. Estaba pálido y profundamente inconsciente.

Todo esto había ocurrido en menos de tres minutos.

Bayer tenía una pierna rota, y su puño estaba cerrado herméticamente.

* * *

El trece de julio, sobre las seis de la tarde, los vigilantes del servicio forestal localizaron el foco de un incendio en el centro del triángulo formado por los pueblos de Kelschau, Elmen y Wald.

El fuego se extendió con gran rapidez, y la caída de la noche dificultó los trabajos de extinción. Cuando fue dominado, al amanecer del día catorce, el fuego había arrasado una gran superficie.

La investigación de las causas del incendio llevó a la guardia forestal a descubrir los cadáveres de tres excursionistas en el punto donde se supone que comenzó el fuego.

En los periódicos locales —los únicos que publicaron la noticia— no se dijo nada de la grotesca postura de uno de los cadáveres, ni de la extraña localización de los otros dos.

Tampoco se mencionó la posibilidad de que dos de las víctimas estuvieran ya muertas antes de comenzar el fuego, y que al menos una de ellas se encontrara en ese momento en muy avanzado estado de descomposición.

Las conclusiones a las que el forense llegó tras el estudio de las víctimas fueron y son mantenidas en secreto, así como la existencia de un pozo a escasos metros del lugar de los hechos.

* * *

Lisa estaba acabando sus estudios de medicina, así que ella se ocupó de entablillarle la pierna.

Decidimos acampar allí mismo aquella noche, para decidir a la mañana siguiente —según el estado de Bayer— si llevarle al pueblo más cercano o ir a buscar ayuda.

Karl se opuso terminantemente a quedarse allí, alegando que el herido necesitaba la atención de un médico lo antes posible.

Su comportamiento ilógico —estaba anocheciendo y no podíamos transportar a Bayer por aquel terreno— me hizo recordar algo que prácticamente había olvidado: Durante el rescate de Bayer, Karl se mantuvo apartado mirando fijamente la boca del pozo, en una actitud de estática incredulidad, lo que en aquellos momentos achaqué a la sorpresa...

Al fin consintió en quedarse y nos ayudó a montar las tiendas. En la más grande instalamos a Bayer y durmió con Lisa, Berta y Franz. Los demás nos acomodamos en la otra.

* * *

En la mañana del día catorce —horas después de que se supiera que eran siete los excursionistas que habían abandonado Kelschau tres días atrás— se encontraron otros tres cadáveres: dos hombres y una mujer.

Los periódicos publicaron que estos jóvenes —pertenecientes al grupo— murieron al ser alcanzados por el incendio. Esta información no fue del todo exacta, ya que había evidencias concretas de que las víctimas corrieron HACIA el fuego, y no huyeron de él.

Efectivamente: en su carrera los jóvenes se fueron desprendiendo de lo más pesado de sus equipos, dejando un rastro que apuntaba directamente al foco del incendio, y fue en el extremo más cercano a éste donde se encontraron los cadáveres.

Las razones de este comportamiento suicida quedan, como tantas cosas de esta historia, en la oscuridad.

* * *

Desperté de pronto poseído por una sensación maligna y omnipresente. Durante unos segundos permanecí quieto, sin atreverme apenas a respirar para no romper el silencio.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, rechacé esa angustia que me dominaba, y me di la vuelta en el saco. Entonces, a pesar de estar medio dormido algo llamó mi atención.

A través de la lona de la tienda se distinguía una gran sombra erguida. Tuve inmediatamente la certeza de que era una figura humana, de que no era ninguno de nosotros y de que estaba de espaldas, mirando hacia la otra tienda. Estas tres ideas penetraron en mi cerebro sin haberlas buscado, procedentes del exterior, junto con un latigazo de terror que me dejó paralizado.

La oscura figura permanecía inmóvil, y destacaba en las sombras de la noche con tanta precisión, que llegué a pensar que no había nada en su interior, sino

un vacío infinito por el que se podía caer eternamente.

A mi espalda Karl comenzó a incorporarse muy lentamente, con la cabeza erguida.

En ese momento todo pareció saltar en pedazos. Un grito largo, agudo, penetrante rayó el cristal del silencio y se mantuvo tenso hasta que tuve que esconder la cabeza entre las manos.

Al fin, siglos después, se hizo la calma, y mi cerebro empezó a trabajar frenéticamente. El grito procedía de la otra tienda. Karl derrumbado boca arriba, miraba el techo con ojos inexpresivos. La sombra había desaparecido.

Cuando entré Franz y Lisa intentaban sujetar a Berta, que se agitaba presa de un ataque de histeria. Entre los tres conseguimos calmarla bastante, y empezó a hablar entre sollozos.

Ella ella Kyarn la he he visto fuera la mano me asusté mucho Franz dónde estás quería avisarte y toqué a Bayer la mano y grité, grité, grité y ella...

Bayer no había despertado. Mientras Lisa se ocupaba de él, Franz y yo convencimos a Berta de que todo había sido una pesadilla.

* * *

El séptimo excursionista fue encontrado vivo, en las inmediaciones del pueblo de Kelschau, el mismo día.

Se hallaba semi-inconsciente, con las ropas prácticamente destrozadas y el cuerpo cubierto de arañazos y moraduras. Un primer examen determinó que era víctima de un fuerte shock, lo cual se encontró bastante natural teniendo en cuenta las circunstancias.

Aquí, una vez más, tropezamos con hechos cuya explicación se nos escapa de las manos. Esta vez debido a la reticencia de la policía de Kelschau, que se negó a dar razones de su comportamiento.

A pesar de haber en el cercano pueblo de Wald una clínica perfectamente equipada, la policía local

inistió en que fuera trasladado inmediatamente a la capital del condado, cincuenta kilómetros más lejos.

El hecho de que no se publicara nada del hallazgo del joven y los evidentes esfuerzos de los organismos públicos para acallar los rumores al respecto, nos hace pensar que había un especial interés en que no se interrogara al joven en esa región. De ser así, las precauciones fueron inútiles, ya que el paciente no recuperó en ningún momento la razón.

* * *

Sentados alrededor de Bayer en la tienda grande, esperamos pacientemente a que amaneciera. Cuando empezó a clarear, Berta, Franz y Willy prepararon sus mochilas.

Habíamos acordado que ellos tres irían a pedir ayuda mientras que Lisa, Karl y yo nos quedábamos cuidando a Bayer.

Según mis cálculos, mañana temprano estarán de vuelta. Quizás esta noche.

El día pasa lento y tedioso. Lisa no se separa de Bayer, que sigue inconsciente y tremendamente pálido.

Karl está nervioso, y su nerviosismo aumenta constantemente a medida que pasan las horas. Por fin me acerco a él para calmarle, y me cuenta esta extraña historia:

«Esta región ha sido siempre una de las más incultas y atrasadas del país, y sus habitantes muy dados a creer en todo tipo de supersticiones.

»Hay una leyenda que casi todos los habitantes de por aquí conocen: la leyenda de la Kyarn.

»Hubo un tiempo en que este valle ahora salvaje estuvo habitado. Una vez llegó aquí una familia de extranjeros del norte, y trajeron con ellos un extraño mal. Cada dos o tres días alguien caía enfermo, y al poco tiempo, sin haber pasado por el trance de

»Empezó a correrse el rumor de que una sombra de mujer aparecía en los lugares donde había uno de estos enfermos.

»Los campesinos espantados, fueron a ver al extranjero y éste, a su pesar, les explicó que el mal procedía de un ser maligno que tomaba forma femenina, y que se apoderaba de la voluntad de sus víctimas. Luego, por algún medio, absorbía la muerte de la persona poseída. Era, según explicó el extranjero, la Kyarn, "la comedora de muertos", que había llegado del Norte con uno de sus hijos.

»Ayudado por todos, el extranjero consiguió encerrar al espíritu maligno en un anillo de oro, mediante ciertos extravagantes rituales. El siguiente paso sería destruir el anillo, pero cuando el hombre lo cogió, la Kyarn se apoderó de él a través de su mano.

»Antes de perder la voluntad, el extranjero ordenó que le arrojaran a un pozo y taparan la boca de este siguiendo ciertas instrucciones, y así se hizo.

»El haber conjurado así el peligro no tranquilizó a los habitantes, que poco a poco abandonaron el valle, hasta que éste quedó totalmente deshabitado.

»Los que se instalaron en los alrededores, extendieron la leyenda para que nadie rescatara jamás el anillo, y esta fue pasando de generación en generación y así me la contó mi padre».

Karl se había tranquilizado paulatinamente mientras contaba la historia, y cuando acabó bailaba en su boca una especie de sonrisa burlona que me hizo pensar en la irrealidad de todo lo que pasaba.

En ese momento oí la voz de Lisa, ahogada por un terror increíble que me llamaba una y otra vez desde la tienda.

* * *

Después de recorrer varios hospitales y clínicas del Estado sin resultados positivos, el joven fue trasladado a este centro, a fin de que permaneciera ingresado hasta su recuperación, o indefinidamente.

Durante una semana me ocupé casi exclusivamente de él. Quería triunfar donde otros habían fracasado. Fue inútil. Nada conseguía sacarle de aquel mutismo tenso, expectante y a la vez resignado, en que se hallaba sumergido.

Unicamente llegamos a oírle hablar cuando se hallaba bajo los efectos de los sedantes que teníamos que administrarle por las noches. En estos casos iniciaba monólogos delirantes en los que hablaba de una sombra de mujer, de algo así como el «yarn» o «karn» y de anillos de oro. El monólogo terminaba siempre cuando se refería a extravagantes alucinaciones sobre personas no-muertas pero corruptas, momento en que su voz se hacía inteligible, para sumirse poco después en su mutismo habitual.

En principio no prestamos mucha atención a estas alucinaciones. Las circunstancias de su muerte y sus efectos sobre los demás pacientes nos hicieron volver sobre todo ello cuando, desgraciadamente era demasiado tarde.

Según el certificado que se extendió en su momento, mi paciente murió el veintisiete de julio a las diez de la noche. En este certificado constaba el término «muerte natural», ya que nadie se atrevió a dar una explicación concreta de lo ocurrido.

Aquella noche, a las diez, el médico de guardia entró en la habitación guiado por un repugnante hedor que llenaba el pasillo. Sobre la cama sólo encontró los restos de un esqueleto que identificamos más tarde como el del joven que había ingresado diez días atrás.

* * *

Acudí a su llamada, pese a que de algún modo intuía lo que me esperaba en la tienda.

Entré y al hacerlo crucé la frontera del reino de la locura.

Lisa (¿Eres Lisa realmente?) estaba de pie con el pelo erizado y los ojos horriblemente dilatados. Pero esto no me causó terror.

En el lugar donde estuvo Bayer sólo se veía una calavera saliendo del saco de dormir. Y a pesar de la mata inconfundible de pelo rubio que la coronaba, tampoco me aterrorizó.

Porque lo peor, lo que atrajo mi atención con morbosa eficacia, lo que revolvió mi cerebro hasta la náusea fue un pequeño anillo de oro que brillaba en el suelo.

Nunca sabré porqué hice lo que hice. Quizá Karl, que me vio huir corriendo (¿Karl tenía fuego en las manos?). Quizá Karl sepa porqué cogí el anillo y lo encerré en mi mano antes de que el terror lo borrara todo de mi cabeza.

* * *

A la mañama siguiente, uno de nuestros pacientes que parecía casi recuperado, cayó en un estado de amnesia sin que fuéramos capaces de hacer nada al respecto.

En los días sucesivos, sus compañeros de habitación empezaron a quejarse de extrañas pesadillas, teniendo todas ellas en común la presencia de una «mujer oscura» o sombra femenina.

Trasladamos al paciente a otra habitación individual, y dos días después, se repetían en él los extraños fenómenos que envolvieron la muerte del joven excursionista.

Dede entonces se han repetido dos veces los hechos, incluyendo las supuestas apariciones de la «dama negra».

Un detalle que parece sintomático en esta extraña epidemias una mano (izquierda o derecha indiferentemente) cerrada convulsivamente, y que es imposible abrir sin dañar al enfermo.

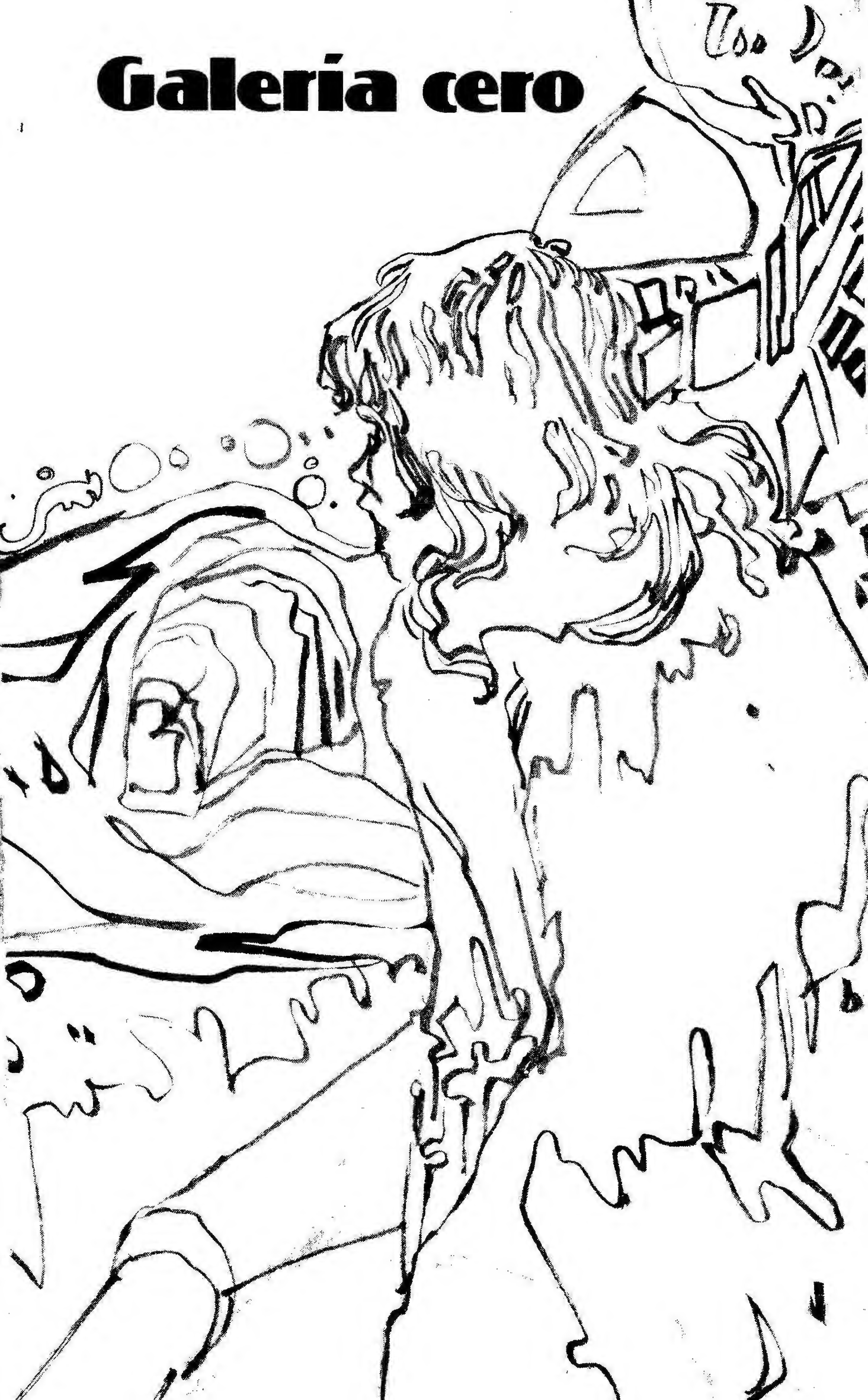
Anoche estuvimos presentes en el momento en que la última víctima se «desintegró». El horror que me produjo el espectáculo no me impidió observar que algo brillante cayó de la mano del paciente al suelo. Tampoco este hecho pasó desapercibido a mi

colega, el doctor Kolb, que se apresuró a recoger lo que fuera.

En cuanto acabe mi ronda pienso acercarme a su despacho para cambiar con él impresiones sobre lo ocurrido ayer.



Galería cero



Galería cero

Chelo Lacalle

Las palabras del viejo se incrustaron en su piel como dos agujas: «No debiste bajar tan alto, mi querida niña».



N día cualquiera. Las ocho menos cuarto de la mañana y el terrible despertador suena insistentemente. Mientras abandonas el último sueño, te desperezas. Miras a la ventana y hoy, ¡qué casualidad!, otra vez, el cielo de esta maldita ciudad está gris. Una ducha, un café, los trastos de costumbre y bajar las escaleras como si te persiguiera el diablo. Tienes 20 minutos para llegar a esa dichosa oficina llena de vacío.

Por una sola vez, me siento hada. *METRO.* No miro. Entro. Pago mi billete. Espero en el andén dos o tres minutos. Llega. Me siento. Voy leyendo el periódico. Las noticias de siempre, los mismos textos y hasta las mismas canciones. ¡Dios que aburrimiento!

¡De pronto, noto algo raro! Las personas que me rodean tienen esta mañana algo extraño en sus miradas. Observo por la ventanilla el exterior. Todo está oscuro, casi negro, y me veo reflejada en los cristales del vagón. Pero no, ¡no es posible! ¿Dónde está mi rostro? Mis ojos, boca, todo... ¡todo ha desaparecido! Vuelvo a mirar al interior del vagón y compruebo con terror que las cabezas de los pasajeros están desprendidas de sus troncos, oscilan

por entre los cuerpos y giran a su alrededor. Gesticulan y hablan; al parecer no se han dado cuenta de su estado. Me fijo en las cabezas rotativas. No tienen ninguna expresión, son como globos hinchados, enormes globos hinchados que pululan al antojo de las corrientes del viento.

Aquella danza infernal sigue su curso; mientras tanto, continúo mirando mi inexistente rostro a través del cristal. ¿Dónde estará?

Empiezo a notar que el tren toma una velocidad inusitada. Entramos en un túnel demasiado negro. El tren avanza tan rápido que ni siquiera vibran los cristales. Los globos siguen su danza.

En un momento me doy cuenta que los raíles del tren han desaparecido y en su lugar hay una especie de negra y viscosa agua pestilente en la que flotan terribles y monstruosas ratas, bichos indescriptibles.

Bajo aquella bóveda de horror, el tren se estrella contra una pared tan dura como el más puro acero; los cuerpos de los viajeros caen al agua pestilente y las ratas chillan de gozo por el banquete. Los miembros son despojados del tronco y devorados con verdadero placer. El espectáculo es espeluznante: los demás bichos y seres vivientes de aquel pozo endemoniado se disputan lo que las ratas dejan, algún ojo, un trozo de pene, un dedo... los restos.

Aturdida por el golpe salto del tren. No veo nada. Estoy sangrando y me duele mucho la pierna derecha, creo habérmela roto. Tropiezo con «algo». Me desvanezco.

Cuando despierto, el terrible silencio que me rodea me hace pensar que yo también estoy muerta. Espero. Me toco la pierna, que al tacto está completamente inflamada. Me arrastro. ¡Dios! ¿Qué es esto? Lo palpo. Y con un grito que sale de la profundidad de mis entrañas, suelto aquel trozo, aquel despojo de ser humano.

El hedor es insoportable, todo huele a podrido y por la espina dorsal me recorre un escalofrío. Oigo murmullos de personas o por lo menos así lo parece.

Siguiendo el sonido, siempre en la más terrible oscuridad, me voy acercando al foco de donde proceden las voces. Voces que parecen aullidos lastimeros de ultratumba.

Por fin creo apreciar una tenue luz al fondo. Un ser reptante se acerca a mí, y me toca. Está mortalmente frío. Sus dedos, completamente deformados. Emite unos sonidos parecidos a palabras; con gestos de sus repugnantes manos, me indica que le siga. Entramos en una especia de túnel lateral, húmedo y mugriento. Las luces están cada vez más cerca. Aquella cosa se detiene repentinamente y comienza a dar unos saltos grotescos y chilla, chilla algo que no logro entender. Allí, enfrente de mí, se abre un abismo de ciudad subterránea, en la que habitan los más extraños seres —despojos de humanos, descoloridos, medio ciegos— que al notar mi presencia se acercan y me palpan. No lo resisto. —«¡Fuera, fuera de aquí, no me toquéis!»—. Sigo gritando, y de repente, a un golpe de gong, aparece un hombre al fondo de aquella sub-ciudad.

Se aproxima y me invita a sentarme a su lado. Este hombre no es como los demás, es increíblemente viejo, repleto de arrugas y manchas moradas por todo el cuerpo; habla muy pausadamente, le cuesta mucho articular las palabras. Me pregunta si vengo del mundo exterior; le contesto que sí, que hemos tenido un espantoso accidente y que los demás seres humanos han sido devorados por las ratas y las extrañas «cosas» que flotaban en el agua.

Por un espacio de tiempo, me mira intensamente y se toca la cara con la mano rugosa y deformada. Debe tener siglos. Me indica que le siga, y muy despacio vamos recorriendo diversas galerías. Habla de forma muy rara y a veces emite unos extraños sonidos guturales; dice:

—«Los mundos son paralelos y nosotros no nos vemos mutuamente, pero...»

Habla tan lentamente que a veces pierdo el hilo de su conversación.

—«La vida sigue en todos sus aspectos y formas, hasta aquí llegan vuestros ruidos».

En una estancia de al lado del pasillo por donde vamos andando, casi arrastrándonos, veo cómo un montón de insectos cuya identidad no conozco, se comen los restos de algo parecido a un ser humano. Puedo apreciar una corbata entre aquel emjambre de bichos alados que producen un zumbido parecido a una colmena de abejas, pero no, no son abejas, son...

Noto un frío terrible, el ancestral personaje sigue hablándome. «Son corrientes de aire», me dice.

«Ya no puedo más» —le grito— «¡Quiero salir de aquí!» Y entonces con un gesto repugnante saca la lengua y me succiona la boca: siento como mi sangre fluye por la garganta hasta llegar al paladar, cómo me absorbe hasta el alma.

Instantes después, todo vuelve a resultar tan frío y hueco como la primera vez del accidente.

Pasa el tiempo debajo de aquella maraña maloliente y asquerosa. El agua es un cieno espantoso que me obligan a beber constantemente. «Es por tu bien», me dicen, pero yo cada día que pasa me encuentro mucho más débil. Creo estar ya como ellos.

Hace unos días, tuve una leve esperanza. Cuando paseaba por una de las galerías, noté un ruido, algo que por su sonido me parecía familiar. Era como el chirriar de ruedas de metal. En seguida asocié este sonido al metro, a los vagones deslizándose por los raíles, y entonces me di cuenta que estaba a muchos metros de profundidad de la superficie de la tierra visible.

No ostante, aunque mi desesperación crecía cada vez más, traté de investigar aquello. Me acerqué a las paredes, que chorreaban un líquido verde-negruzco, viscoso y espeso y pude oír algo que procedía del exterior. Comencé a palpar las paredes de la galería y noté con sorpresa, que algunas de las paredes estaban huecas, con lo que supuse que las vibraciones del sonido llegaban a mí a través de los huecos. Seguí avan-

zando, hasta llegar a una gran nave, que no conocía, en la cual y a modo de luz natural había un brillo sobrehumano. Es algo terrible, me acerco cada vez más y de repente topo con unas escaleras que bajan a no sé dónde. El miedo me deja paralizada por unos momentos, pero logro sobreponerme y reemprendo la marcha por las lúgubres escaleras. Creo haber bajado unos doscientos escalones, pero aquello no tiene fin. Al cabo, cuando pienso en darme la vuelta para ascender otra vez de nuevo, oigo como leves canturreos que provienen de la oscuridad. Mis ojos se han habituado ya a ella y puedo distinguir claramente en las sombras. Un terror inimaginable se apodera de mi ánimo.

Allí, en el centro de aquel hueco negro, «el viejo ancestral», sobre una especie de altar brillante como el oro, come, come «algo». Me acerco arrastrándome, y puedo apreciar que hay miles y miles de seres, todavía más siniestros y repugnantes que los de los niveles superiores. Todos comen, mascan «algo». Me acerco un poco más y puedo apreciar que se trata de una rara especie de hongos, hongos incoloros y enormes que, con verdadera voracidad, son engullidos por los comensales.

Acto seguido, inican una marcha alrededor del «viejo ancestral» y corean una cancioncilla que no entiendo, pero que me resulta algo familiar, como si hace ya muchos años la estuviera escuchando de continuo. El viejo nota mi presencia, y en seguida soy arrastrada hasta él por aquellas «cosas».

—«No debiste bajar tan alto, mi querida niña».

Sus palabras son como dos agujas incrustadas en mi piel. Me queman de verdad. Han encendido una lumbre con los extraños hongos y mi cuerpo adopta un color blanquecino, inerte, mortal.

Miro hacia un lado, y veo con horror, un gran vaso de un material parecido al vidrio, que están llenando con mi sangre. ¡Socorro! Me matan, me muero. ¡Salvadme!

El viejo se acerca a mí, y dice: «tranquilízate, no

pasa nada. Nosotros vivimos de los hongos, los hongos viven de vosotros, y tú no puedes vivir más. Pasarás a ser el ente predestinado de nuestros voraces deseos de venganza contra la luz. Desde hoy tú estarás en nuestros pensamientos».

Casi al unísono la ingente horda de monstruos, glorifican mi nombre como maná y salvación de sus míseras vidas. Pero no, no será tan fácil que yo sea vuestro alimento. Con un movimiento brusco, me suelto de aquellas teas y corro a no sé donde. En mi huida a través de la oscuridad oigo una voz, una voz que parece humana. —«Por aquí, por aquí».

Doblo a la izquierda y encuentro a un hombre que lleva unos andrajos alrededor de su cuerpo que le tapan lo poco que le queda de humanidad. Subimos por un pasadizo, que como las demás galerías está totalmente resbaladizo y hace la ascensión muy dificultosa. Al fin llegamos a una especie de terraza en la que crecen unos tallos parecidos a los cactus del exterior. Con grandes señales de fatiga, aquel resto de hombre coge una antorcha adosada a una de las paredes y me dice: «ellos tienen que comer, y su alimento son esos hongos extraños. Yo llevo aquí más de doscientos años. Te parecerá extraño, pero aquí el tiempo sólo pasa en la piel. Te puedes hacer viejo en dos días, pero serás eternamente viejo. Yo me escapé hace tiempo de los subniveles, y subsisto a través de los que me llega del exterior, como por ejemplo, los restos de comida que a través de las alcantarillas y en los niveles superiores depositan los seres de la luz.. Tú eres uno de ellos y yo lo era, pero hace tiempo que lo he olvidado. Tú debes hacer lo mismo, sino este mundo será tu tumba, porque ellos no admiten «el otro mundo».

Como si leyera mi pensamiento, prosigue con su charla.

—«Esas *cosas* son solamente mutantes que han hecho de las oscuridades una vida continuada. Ellos poseen el secreto de las profundidades y tú deberás adaptarte a esos secretos, aunque jamás llegues a com-

prenderles. Ellos roban la vida a otros seres y tu accidente como el mío, fue provocado por ellos mismos».

Le interrumpo y pregunto que por qué me ha ayudado.

—«Yo no te he ayudado, tú me has ayudado a mí, con tu presencia. Hace ya mucho tiempo que había desistido de volver a ver un ser humano. Ven, te enseñaré».

Le sigo.

Ascendemos un poco más; el aire es ahora ligeramente más limpio. Llegamos a una especie de cueva de un color casi transparente.

«Aquí, es desde donde mando mis mensajes al mundo exterior. Hasta la fecha no he tenido contestación. Todavía tengo esperanza de hallar la manera de salir de aquí. Ellos me acechan en la oscuridad y por eso tengo miedo. Soy un renegado, un fugitivo de su custodia, de sus leyes, por eso necesito que alguien siga mi experimento, por temor a ser descubierto. Te lego a ti mis claves para poder en su día contactar con los de ahí arriba».

En ese momento, la horda se hizo presente.

Aquellas criaturas subterrestres avanzaron hacia el pobre resto humano, y cayeron sobre él como si de buitres se tratara. Sacaron sus largas trompas y le absorvieron toda la sangre. Al momento, sus rostros se inflamaron y tomaron el aspecto de enormes globos hinchados. ¡Los globos! ¡Dios, los globos del metro!

Después de haber dejado aquel hombre como un muñeco pálido, los insectos de identidad desconocida se posaron en el pellejo flácido y picotearon toda aquella podredumbre que yacía en el suelo, en aquel mugriento suelo lleno de indescriptibles plantas, cuyo nombre no existe en la faz de la tierra.

Más tarde, cuando todo aquel horror desapareció y en el aire quedaba un hedor a muerte, las *cosas* me trasladaron a las galerías inferiores.

Allí estaba «EL ANCESTRAL»; me miraba intensamente, y con una leve sonrisa me indicó que me sentara.

—«Todos hemos sido esclavos del mal, pero hace ya mucho tiempo que el mal es nuestro padre, nuestro pan, nuestro dios verdadero, por lo tanto —prosiguió— tienes que acatar nuestras leyes y si te son desconocidas, *apréndelas;* no hay salida de este mundo al otro. A cambio te ofrecemos la eternidad, la infinita eternidad de las profundidades galácticas».

Mis oídos eran truenos, y mi garganta se convertía por momentos en agria sal; todo mi ser estaba envuelto en una terrible confusión...

* * *

Llegó un día en el que todo se volvió rutinario para mí: las plantaciones de hongos, las oraciones al «ANCESTRAL», el status, el sueño, las drogas que provenían de las ratas acuáticas...

Pero un día no fue como los demás.

Del exterior llegaron nuevos refuerzos, es decir, «alimentos». Se había producido un gran accidente en el exterior y, como años antes en mi caso, todos habían perecido.

Todos excepto uno.

Atravesando los niveles inferiores y las galerías superiores logré acercarme al túnel siniestro. Allí se volvió a repetir la escena. Cuando reptando llegué al lugar del siniestro, pude comprobar que las ratas y los bichos —ya tan familiares— se disputaban los trozos de lo que quedaba de seres humanos. De pronto, aquel hombre, arrastrándose, quedó a unos pasos de donde yo estaba, y mi intención fue tocarle. ¡Hacía ya tanto tiempo que no veía a un ser humano, tan sonrosado, tan lleno de vida. Tan apetecible.

Fue grande la sorpresa, cuando casi le acaricié, y él saltó lanzando un grito. Noté que tenía la pierna rota. Me acerqué a él, pero no... ¡NO! ya no podía hablar. Sólo emitía unos sonidos indescriptibles. Y entonces vi cómo por sus mejillas le corrían dos fluidas lágrimas, dos lágrimas que a mí se me aparecían como fuentes hermosas de agua, que acto seguido succio-

né de su cara. Con verdadero asombro, me miró, y con un gesto de asco se retiró impulsado por una fuerza que procedía de lo más hondo de la tierra.

Comprendí, que ya no había solución. Era como ellos. Entonces agarrándole fuertemente por las piernas y sin dejar que se soltara, le escupí en la cara mi venenoso líquido que le dejó unas llagas tan profundas como surcos de ríos volcánicos. El gritaba, gritaba, y mi risa loca, le decía una y mil veces:

—EL METRO ESTA CERRADO. NO HAY SALIDAAAAAAAAA.

El puñal de obsidiana

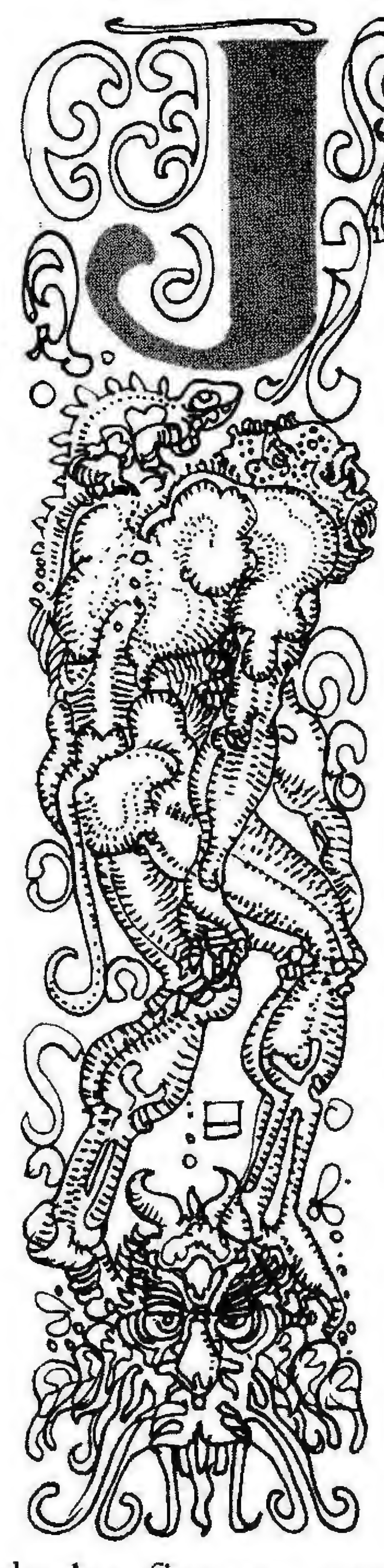




El puñal de obsidiana

Stan B. Lukas

Unos ojos negrísimos contemplaban con satánica lujuria su desnudez. Eran tan negros como el puñal de obsidiana pulida, templada en los fuegos del centro de la tierra.



JUDY Agüero tomó un sorbo de la «margarita», cuyo frío empañaba el cristal de la copa. El alcohol de la tequila disipó el escalofrío que la había hecho temblar momentos antes, a pesar del fuerte sol de la altiplanicie que tostaba sus brazos desnudos, que doraba su atrevido escote.

Miró el puñal de obsidiana, que Bob, su marido, aún no se acostumbraba a llamarle así, en su viaje de luna de miel, a una semana escasa de su matrimonio, contemplaba, negro y brillante, entre sus manos.

El propio brillo del objeto lo hacía parecer algo vivo y maligno. Judy recordó la mirada profunda del indio que se lo había vendido. También sus ojos parecían tallados en obsidiana, como los que daban vida a alguna de las figuras que había contemplado momentos antes en los viejos frescos de los templos de Teotihuacán.

Desde el bar se contemplaba espléndida vista de la «Calzada de los Muertos» que acababa de recorrer. Allí es donde se les acercó el indio viejísimo, piel arrugada cubriendo carne que parecía momificada. Pero, a pesar de su edad, se movía con agilidad casi simiesca, salvando las desigualdades del terreno, de

esa tierra que parecía esperar ser retirada para mostrar nuevas riquezas arqueológicas, ocultas bajo ella.

Naturalmente, Bob no entendía una palabra de lo que decía aquel ser que parecía vaciado en cobre. Se felicitó de que en su casa no se hubiera perdido el uso del castellano, como en tantos hogares del sur de los Estados Unidos, sobre todo entre las clases pudientes. Sus antepasados se habían quedado en Texas, cuando Santa Ana la abandonó definitivamente, sin renunciar a su herencia cultural ni a su religión.

Muchas veces se había preguntado cómo podrían haber conservado los Agüero su gran rancho, sus tierras que se tardaban en cruzar más de cuatro jornadas de rápida cabalgada. Tenían que haber sido hombres de pelo en pecho para salvaguardar su patrimonio de la codicia yanqui.

Sabía que Martín Agüero, uno de los pistoleros que había rivalizado en popularidad con Billy, «The Kid», con «Wild» Bill Hickok, con Bat Masterson y con tantos otros «gringos», célebres por la velocidad a que eran capaces de desenfundar sus revólveres y por lo mortífero de su puntería, estaba entre sus pasados parientes. Los honrados ganaderos, a los que el hallazgo de petróleo en sus tierras había llevado a la cima de la prosperidad y a figurar entre la flor y nata de las familias tejanas, por si era poco la posesión de esos rebaños que semejaban océanos de carne en marcha cuando se desplazaban, no podían disimular su orgullo al hablar de aquel hombre que había demostrado cómo la sangre hispana nada cedía en valor a la anglosajona.

Agotó su bebida con un nuevo trago. Había rechazado los intentos del indio de venderles dioses de complicados nombres, todos de un brillante negro pulido. Al fin, sacó de entre los andrajos que le cubrían, como su más preciado tesoro el puñal, con el que jugueteaba Bob ahora. Brilló al sol con destellos, que le hicieron preguntarse si puede existir un contrasentido tan grande como la luz negra.

—Es un puñal de sacrificio.

Las pupilas, sorprendentemente jóvenes en un rostro tan arrugado, se clavaron en las suyas. Parecía provenir su mirada de siglos y siglos atrás, cuando se ofrecían en los templos que coronaran las viejas pirámides sacrificios humanos, cayendo el sol verticalmente sobre la víctima.

Cuando tomó el puñal de manos del indio y pidió a Bob que satisfaciera su importe, sintió que un gran frío penetraba en sus huesos, llegando hasta lo más íntimo de su ser. La sensación había persistido hasta ese mismo momento, en que la disipaba el suave calor del alcohol incorporándose a su torrente sanguíneo.

Se acercó al ventanal para mejor admirar, una vez más, la perspectiva que le ofrecía la «Calzada de los Muertos», cerrada, allá a su final, por la Pirámide de la Luna, flanqueada por la Gran Pirámide del Sol y junto a ésta, el Templo de Quetzalcóatl.

Sintió un súbito vértigo, que achacó a lo fuerte de la bebida un tanto ansiosamente. Fue como si girara en un torbellino que descendiera en espiral. Su visión se nublaba... De pronto, «La Calzada de los Muertos» se llenó con una multitud semidesnuda, de formas atléticas, la cabeza coronada con penachos de plumas. Se gritaba en un idioma que no entendía, del que sólo entresacaba alguna palabra, un grito repetido una y otra vez: —¡Quetzalcóatl!, ¡Quetzalcóatl!

Sin duda, se trataba de una lengua de yuxtaposición, en que la asociación de vocablos daba lugar al nacimiento de otros nuevos más complejos. La muchedumbre de cuerpos cobrizos, avanzaba hacia las pirámides, como una procesión, en que la imagen piadosa hubiera sido sustituida por una morena virgen, de blancas vestiduras, llevada en andas...

Había algo familiar en la figura de la joven, de la que supo, no sabía cómo, que estaba destinada a ser ofrendada en sacrificio. Se sublevó contra la idea. Una vida casi naciente ofrecida a la muerte en aras de una bárbara superstición... Pero, ¿quién era la mujer?

Se abrió paso entre los cuerpos semidesnudos, buscando verle la cara. Estaba segura de conocerla.

Le sorprendió la facilidad con que caminaba, como si fuera capaz de pasar a través de los cuerpos del apretado haz en que se apiñaba la muchedumbre. A sus oídos llegaba una sinfonía monocorde, en que zumbaban, tañían y sonaban al unísono instrumentos cuya melodía, estaba segura, no había escuchado ningún hombre de su siglo. Su mente descendía más y más a niveles de inferior profundidad y la imagen, en consecuencia, aparecía más y más nítida.

—¿Te ocurre algo? —la pregunta le llegó de muy lejos, pero bastó para arrancarla dolorosamente, con una sensación parecida a la del sonámbulo bruscamente despertado de su ensueño. Era Bob, quien preguntaba, solícito.

—Nada, cariño —fue la mecánica respuesta.

Le habría gustado volver a su visión, escudriñar en lo que le había parecido una memoria del pasado.

El guía le proponía la visita al cercano convento de San Agustín de Acolman.

—Está camino de México D.F. Así podremos comer en la capital.

Casi se había establecido un tácito acuerdo entre la pareja de recién casados y su guía y chófer, todo en una pieza. Estaba contratado para todo el día, pero desde el primer momento, se vio que trataba de enseñarles cuanto mereciera la pena verse por la mañana. Si era posible, quería disponer de sus tardes. Como los recién casados también gustaban de estar a solas, de practicar el hispano yoga de la siesta sin premuras, la coincidencia de intereses les hacía despedirse con un:

—Hasta mañana.

—¿No me necesitan los señores?

—No, estaremos por el centro. Si necesitamos vehículo tomaremos un taxi.

—Gracias.

Cortaba su morena cara la cicatriz de la blanquísima dentadura, mostrada al sonreir.

—Me gustaría tomar otra copa.

De nuevo la confortó la tequila de la frialdad de

cementerio que le había dejado su breve visión. Después de la copa, salieron del edificio, museo en que se albergaban buena parte de los hallazgos arqueológicos de Teotihuacán, del que era agradable oasis el bar, dominando la «Ciudadela» extremo de «La Calzada de los Muertos».

¿Cuánta sangre habría resbalado por los peldaños de las pirámides, tornándolos resbaladizos, al tiempo que se ennegrecía y coagulaba? Sintió en ese momento que alguien la miraba fijamente, que unos ojos se clavaban en su nuca. Al volverse rápidamente, sorprendió al indio del puñal, que no bajó los ojos, sino que los mantuvo insolentemente fijos en los suyos. Parecían taladrarla, escrutar el fondo de su alma. Supo que nada podía ocultar a aquel indio, vendedor de dioses.

* * *

Estaba tendida al sol, embriagada por alguna extraña droga que le quitaba la conciencia de sí misma. Fue un rayo del astro rey, incidiendo directamente sobre sus ojos, lo que le devolvió por unos momentos a la realidad.

Unos ojos negrísimos contemplaban con satánica lujuria su desnudez. Parecían lo único vivo del arrugado rostro del que formaban parte. Tan negros como el puñal de obsidiana pulida y tan duros como ésta, templada en los fuegos del centro de la tierra. El sol le arrancaba destellos, pero, ¿es posible que haya luz negra?

Las manos descarnadas como garras levantaron el puñal sobre ella, tomando ambas la empuñadura. Permanecieron un momento en alto, como el cáliz en las manos del sacerdote que lo alza, al igual que si su dueño tratara de reunir toda la fuerza de que era capaz.

* * *

La despertó el propio grito de horror. Poco des-

pués, se reponía del terror que la mantenía temblorosa, que había bañado su cuerpo en sudor, entre los fuertes brazos de Bob, apoyada la cabeza en el robusto pecho...

—¿Qué te ha pasado, amor?

—Nada, una pesadilla. Pero, parecía tan real...

* * *

Los «teules» estaban enfadados. Ya no se les veneraba en Teotihuacán como cuando se les consagró por morada, muchos soles hacía, más de un millar... Influía la presión de otros pueblos, como los insolentes chichimecas, que violaban impíos las fronteras del hogar de los dioses. Tal vez estuviera cerca el fin de Teotihuacán, pero el sumo sacerdote haría cuanto estuviera en su mano por impedirlo. Decretó la inmolación de una doncella, para aplacar a los «teules».

Eligió a la más hermosa. Había visto el deseo en la mirada del caudillo de los chichimecas, cuando estuvo en Teotihuacán a parlamentar con el servidor máximo de Quetzalcóatl. En realidad, no había hecho sino plantear una serie de inadmisibles exigencias ante el sumo sacerdote, que demostraban se sentía el más fuerte.

No pudo impedir que consiguiera hablar con ella. A sus oídos insomnes de anciano llegó el rumor de dos voces jóvenes y las risas contenidas que las ponían contrapunto. Hasta dudaba, después de aquella noche, de que la muchacha fuera tan virgen como era deseable para ser ofrecida en sacrificio.

¡Mejor, si así era! De esa manera, su puñal de obsidiana, traspasaría el corazón del jefe chichimeca, al mismo tiempo que el de la doncella de aterciopelados ojos y sedoso cabello.

* * *

Sentía el sacerdote una suma lascivia cuando segaba con mano certera la vida de un bello cuerpo

desnudo. Sentía que volvía a su sexo la potencia de la adolescencia. El falo erguido se apretaba contra sus vestiduras, en este momento en que alzaba el negro puñal de obsidiana, haciéndolo destellar al sol, sintiéndose adorado por la muchedumbre, ahora en silencio total, como si ni respirar osaran quienes la componían.

Casi ni sintió la flecha que penetrando por su nuca, llegó a la garganta, destrozó su carótida. Ahogándose con su propia sangre, oyó el terrible grito de guerra de los feroces chichimecas. Supo que había llegado el fin de Teotihuacán y pidió a los todopoderosos «teules» venganza para los que habían cometido el crimen horrendo de asesinar a su enviado.

La multitud huía ante las armas de los chichimecas, horrorizada por el sacrilegio, que se consumaba en aquel momento, en que su cacique arrojaba de una patada el cuerpo del anciano sacerdote por la empinada escalera que permitía escalar la Pirámide de la Luna y arrebataba su ofrenda a los dioses, tomándola del ara de los sacrificios.

La joven sintió disiparse sus terrores entre aquellos robustos brazos, la cabeza reclinada sobre el firme pecho del guerrero.

* * *

—¿Where are we going, today?

A la pregunta de Bob, el guía enseñó su resplandeciente dentadura. Había conseguido la autorización para que visitaran las excavaciones del «Templo Mayor», que demostraban cómo el centro de la lacustre Tenochtitlan de los aztecas y el del México colonial eran casi coincidentes.

El buen estado de los templos y edificaciones que configuraron un día la plaza centro de la vida del pueblo «méxica», recordaron a Judy la reproducción que escasos días antes había visto en el Museo Antropológico de la Ciudad de México. Allí también se celebraría el «Tianguis», que tanto había llamado su

atención, en diorama de animadas figuras en el mismo Museo. Compartían la visita con otros turistas, llegados en autobús. No faltaban vendedores de recuerdos, si bien, estos no tenían acceso al recinto de las excavaciones, por lo que se agolpaban ante la valla de madera que lo circundaba.

Pero él, estaba allí. No tuvo que volverse para saber que eran unos ojos negros y duros como la obsidiana los que se clavaban en su espalda. Al momento, la imagen mental del «tianguis, vista poco antes, se animó ante sus ojos, más y más nítida. Bulliciosamente, corrían hacia la pirámide coronada por el templo, se agolpaban ante la escalera, protegida por fornidos soldados aztecas. Comprendió que se iba a ofrecer un sacrificio humano.

De pronto reconoció a la figura tendida sobre el ara de sacrificio. ¡Era ella misma! Al instante, como si ese reconocimiento hubiera sido capaz de teleportarla, se encontró sintiendo la frialdad de la piedra contra la desnuda espalda.

Cuando el viejo sacerdote, de rostro arrugado de momia, alzó el puñal de obsidiana sobre sus erectos señós, brotó un grito de espanto de sus labios.

* * *

La tranquilizó el que su marido la tomara entre sus brazos, sentir a través de la tenue camisa el contacto de los fuertes pectorales.

—Eso es la altura —dijo el guía—, que excita los nervios. Lo mejor es que la señora descanse en el hotel y que se tome antes un «alka-seltzer».

* * *

Cuando el sumo sacerdote vio una de las doncellas chichimecas entregadas para ser inmoladas a los dioses, supo porqué éstos le habían vuelto a la vida precisamente ahora, cuando habían llegado a la inexpugnable Tenochtitlan aquellos extranjeros de piel blanca y luenga barba, de los que decía el populacho eran los enviados de Quetzalcóatl. Nunca lo había

creído. De ser cierto, se lo habrían revelado los «teules», a los que había servido fielmente a través de dos existencias. Para él, eran nuncio de la inminente derrota y desaparición del gran imperio de los «méxica». Pero antes, podría consumar su venganza.

Otra vez sintió ascender por su aparentemente decrépito cuerpo una oleada de salvaje lujuria, mientras mantenía su viejo puñal de obsidiana, alzado con ambas manos sobre sus ojos, levantados al sol.

Su víctima, momentáneamente recuperada del efecto de las drogas que le habían sido suministradas, se retorcía desesperadamente entre las ligaduras que la sujetaban. Parecía inevitable el momento en que el negrísimo puñal se hundiera en el joven corazón.

Tenía fama el caballero Diego de Agüero de ser el mejor tirador de arcabuz del menguado ejército de Hernán Cortés. También de otras muchas cosas, como la de ser valeroso y honrado, incapaz de dejar que se cometiera un crimen, un atropello o una injusticia en su presencia.

Al observar lo que pasaba, demasiado lejos para llegar a tiempo de impedirlo, tomó el arma de uno de los soldados que montaban guardia y encarándola rápidamente, hizo fuego.

El sacerdote ni siquiera sintió que su cerebro había sido destrozado por la pelota del arcabuz. Fue su alma la que reclamó de nuevo venganza a los «teules», que se burlaban de su digno servidor.

Diego de Agüero, la espada desnuda, seguido por un grupo de compañeros, pasó entre las filas de la asombrada muchedumbre, dispersó en dos cintarazos a la guardia, atónita porque no cayera fuego del cielo para vengar al sacrílego, y liberó a la cautiva.

La joven, temblorosa como una paloma a la que acaban de salvar de las garras de un gavilán, se abandonó confiada a los recios brazos que la rescataban, dejando caer la cabeza sobre el acero de la coraza que cubría el pecho de Diego de Agüero.

* * *

En la penumbra de la habitación del hotel, Judy se

sintió pronto mejor. Tanto que Bob la propuso que fueran a comer algo.

—No tengo hambre, vete tu solo.

Se resistía a dejarla sola, pero al final, accedió a sus instancias:

—Bueno, comeré algo en «Shirley's», que está cerca, y regreso al momento.

Cuando salió su marido se sintió como sumida en trance. Veía, frente a ella, unos ojos brillantes, como de obsidiana pulida, que la hipnotizaban. Se vistió maquinalmente y salió de la habitación.

—¿Desea un taxi la señora? —dijo, obsequioso, el portero del hotel.

No menos obsequioso el taxista de turno, inquirió adonde quería dirigirse:

—¿Puede llevarme a Teotihuacán?

—Pues, ¿y cómo no? Pues ándele y suba, no más...

Al sentarse, sintió la frialdad del puñal de obsidiana, oculto entre sus vestidos, junto a la carne...

* * *

Cuando Bob volvió al hotel, le sorprendió encontrar la habitación vacía. Indagó dónde podría estar su mujer, si había dejado algún recado para él. Fue el portero quien le dio noticias:

—¿La señora? Salió poco después que usted y pidió un taxi. Oí cómo le decía al chofer que la llevara a Teotihuacán.

Llamó a su chófer, que afortunadamente estaba en casa. Momentos después corrían a gran velocidad, camino de Teotihuacán.

* * *

Judy escaló trabajosamente, bajo el ardiente sol, las escaleras de la Pirámide. La hora, la dedicada habitualmente a la siesta, hacía que el lugar estuviera desierto, a lo que contribuía el ardiente sol.

En la cima la esperaba el harapiento vendedor, los

ojos más ardientes que nunca, revelando el sádico ardor que lo consumía. Tendió la diestra, en la que ella depositó el viejo puñal, tan pulido que resultaba suave al tacto. Después, dócilmente, empezó a desnudarse, para tenderse sobre unas piedras, que parecían dispuestas al efecto.

El anciano alzó el cuchillo, con ambas manos, sobre la cabeza. Se gozó en lo erecto de su sexo y con toda la fuerza de que era capaz, hundió el puñal hasta que las manos toparon con la carne, en el corazón. Brotó un surtidor de sangre, que le salpicó el rostro, al mismo tiempo que se sentía sacudido por el espasmódico movimiento nervioso de un orgasmo como nunca lo había sentido.

Llegó a sus oídos un grito de horror, lanzado por Bob, que le pareció muy pequeño, allá abajo, cuando empezaba a escalar la empinada escalera.

El viejo le amenazó con el puño:

—¡Esta vez llegas tarde, maldito!

Después se arrojó de cabeza escalera abajo. Cuando llegó a los pies de Bob y del guía era un roto e irreconocible guiñapo.


Sangre y transfiguración
(4ª y última parte de «La Condesa Báthory»)
0

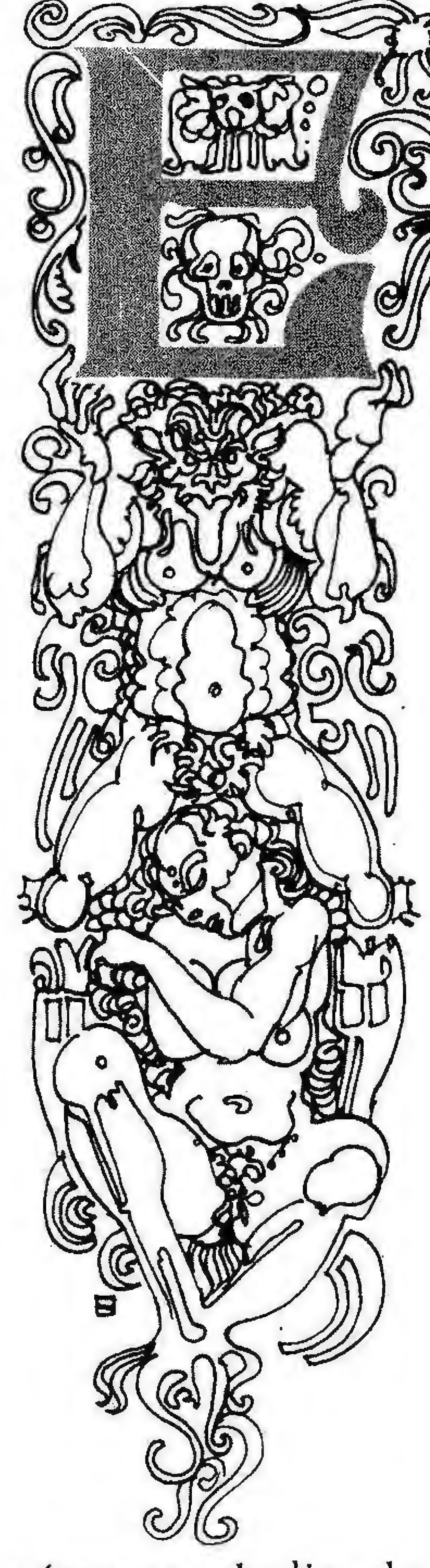


Sangre y transfiguración

(4ª y última parte de «La Condesa Báthory»)

Alberto S. Isúa

«La Condesa de Erzebet Báthory murió —es de esperar que total y definitivamente— es 1614, pero es posible que aquel que ha bebido la sangre de los otros siga viviendo eternamente...»



EN la medida en que odia el paso inexorable del tiempo, Erzebet Báthory odia también los relojes. De hecho, no tolera la presencia de ninguno de ellos en su castillo. Pero, esos mecanismos, llamados de relojería, pueden utilizarse con fines diferentes que marcar el monótono sucederse de las horas. Cual modernos Prometeos, los artesanos relojeros han aplicado sus conocimientos en la emulación divina, creando extraños seres mecánicos que remedan algunos aspectos humanos: máquinas que ríen, que juegan la batalla incruenta y mil veces renovada del ajedrez, que danzan, que giran a un lado y otro su cabeza vacía, que abren y cierran los ojos, que mueven los brazos... El saber culto los ha bautizado con el nombre de autómatas, aludiendo al carácter fatal y estereotipado de sus movimientos. El saber popular los mira con recelo, atribuyéndoles propiedades y orígenes diabólicos.

La ciudad de Nuremberg compite con la de Estrasburgo en la fama de sus relojes. En aquella, un hábil artesano ha creado un autómata famoso. Se trata de un humanoide danzarín con formas y rostro de mujer, que guarda entre sus mecanismos uno, secreto y

terrible, destinado a dar la muerte. Es muy posible que su constructor artesanal tomara como referencia y motivo de inspiración un viejo artilugio de tortura inquisitorial dotado de filosas e incisopunzantes propiedades, conocido con el sobrenombre de moza o novia española, añadiéndole, con sus conocimientos y fantasía creadora, el mecanismo de relojería. Este motivo de inspiración consistía en una especie de pelele o maniquí de paja revestido de ropas femeninas, que escondía entre su relleno, profusamente repartidos, hojas y pinchos de acero capaces de cortar y transpasar a todo aquel que, muy a su pesar, era obligado a abrazarlo. Ni que decir tiene, que el suplicio estaba destinado a todos aquellos que, con razón o sin ella, eran acusados de delitos sexuales.

La fantasía, esta vez literaria, de su constructor ha bautizado al autómata con el nombre de Virgen de Hierro, aludiendo a su inviolada condición y formas femeninas y a la materia de que fue construido. A pesar de su falta de originalidad el autómata ha adquirido una cierta fama, y la transmisión oral de su nombre ha sufrido diversos cambios, tal vez, porque entre los expertos aparecen claros otros antecedentes del mismo que, de forma inconsciente, han podido influir en su constructor. Así, algunos al nombrarlo suprimen la referencia a su naturaleza metálica y la sustituyen por el toponímico de su lugar de origen. Pero Virgen de Nuremberg es un nombre que induce a confusión. Hay otro aparato, de características terribles, que responde a dicha denominación, utilizado como instrumento de muerte y tortura. Se trata de un ataúd metálico, de forma vagamente femenina, cuya tapa —interiormente tachonada de grandes clavos afilados— perfora de forma múltiple el cuerpo de la víctima. Hábilmente calculada la disposición de los mismos es posible conseguir que, una vez cerrada la tapa, el torturado agonice lentamente, o bien, en tratamientos más benignos, se produzca la muerte instantánea por despedazamiento. Pero, tampoco este ataúd de hierro —utilizado en prácticas inquisitoria-

les— es un invento original. En realidad se trata de una versión amplia de la vieja máscara del demonio, instrumento con el que la misma inquisición premiaba a las brujas en tiempos no muy remotos; máscara metálica de caracteres diabólicos por fuera, como otros sambenitos infamantes, pero, ¡genial innovación!, cubierta de clavos por dentro. Situada sobre la cara de la víctima e impelida por la fuerza del golpe seco de una tremenda maza de madera, perfora simultáneamente los ojos, la nariz, la boca, los pómulos y el cerebro, provocando la muerte instantánea. Suele emplearse momentos antes de que el cuerpo muerto de la supuesta hechicera se convierta en una pavesa humana.

La Condesa Báthory desconocía hasta ahora tales refinamientos. Hace tiempo, en vida de su esposo, cuando los autómatas estaban de moda entre la nobleza, encargó a un artesano una réplica de la famosa Virgen de Hierro. Un simple capricho. Hoy, pasados dos años, recibe noticias de que está concluida y que su constructor solicita permiso para llevarla hasta el castillo. La Condesa despide al mensajero, aceptando las condiciones, y la posterior conversación con Dorko le revelan los detalles de los instrumentos inquisitoriales de tortura. Una charla instructiva, pues en su mente el diseño y funcionamiento del ataúd de clavos hace germinar la semilla de la invención. Hablará más tarde de ello con el herrero de Cesthe.

* * *

Hay una gata negra que ronronea en el regazo de Erzebet. Rítmicamente, la mano de la Condesa acaricia el pelaje del animal, y sus uñas se hunden rascando su piel. El resto de sus compañeras felinas, menos afortunadas, juguetean rodeando el trono, o bien reposan, repartidas por las cuatro esquinas del salón.

Pero, este gesto monótono y acariciatorio es puramente mecánico y accidental. La atención de la Con-

desa se centra en el espectáculo que está a punto de comenzar.

Inmóvil, con su estúpida sonrisa congelada, el autómata femenino espera en el centro del salón el momento en que la mano sarmentosa de Dorko lo ponga en marcha. La elegancia del ser mecánico, ataviado con uno de los trajes de la Condesa, contrasta con el sucio sayal de Dorko, la zafiedad del eunuco embutido en un jubón desteñido y la simple túnica blanca de la joven a la que este último sujeta con fuerza.

La muchacha es una de las recién llegadas. Ha sido separada del resto de sus compañeras —entre las que se encuentra su hermana, detalle este que Dorko ignora o ha olvidado— y llevada a presencia de la Condesa. Previamente, se le ha explicado que se trata de participar en una pequeña fiesta y en un divertido juego. En un proceso de acumulación de errores por parte de Dorko, y en un momento de descuido, la joven ha tenido tiempo de informar a sus compañeras de la deferencia de su señora para con ella con el sano afán de provocar su envidia. Luego ha partido hacia el salón, orgullosa por la distinción de que ha sido objeto y deseosa de conocer de cerca a la Condesa. Pero no ha partido sola. Su hermana, un año menor que ella, se ha adelantado y ha llegado corriendo hasta la sala. Ansiosa de no perder detalle del sarao en el que su hermana es invitada de honor, se ha escondido tras los cortinajes, y desde allí ha contemplado admirada los preparativos: el desembalaje del autómata, llevado a cabo por Dorko y el eunuco, y el acto de vestirle y darle cuerda; seguidos por la entrada solemne de Erzebet rodeada de su múltiple y pequeña corte felina, y posteriormente la de su hermana, que atiende ahora temerosa las explicaciones de Dorko. La fría mirada de la Condesa, el aspecto inquietante de la bruja y el eunuco y, sobre todo, el a su juicio personaje diabólico encarnado en el autómata han hecho nacer el miedo en el ingenuo corazón campesino de la muchacha.

Dorko trata de poner en sus palabras toda la bondad y melosidad posibles para vencer el recelo de la chiquilla.

—Vamos, no tengas miedo. Se trata tan sólo de un muñeco. Tienes que abrazarlo y bailar con él, dando vueltas. Seguro que has bailado en las fiestas muchas veces.

La muchacha protesta tímidamente.

—Me da miedo...

Dorko finge sorpresa, burla e indignación:

—¡Miedo! ¡Qué tontería! ¿Cómo puede darte miedo un simple monigote? Vamos, ya no eres una niña. Mira, si no bailas, la Condesa se va a enfadar...

La doncella trata inútilmente de protestar.

—Pero...

Dorko, furiosa, la empuja contra el autómata.

—¡Abrázalo!

No hubiera sido necesaria tal orden. El empujón ha hecho que la muchacha pierda el equilibrio; y sus brazos se cierran sobre la cintura del ser mecánico.

La presión libera un resorte, el resorte pone en marcha una rueda, los brazos del autómata se elevan y los antebrazos giran sobre sus articulaciones mecánicas, aprisionando en su cerco de hierro la cintura de la muchacha. Esta trata de liberarse sin conseguirlo.

La bruja lanza una carcajada y el eunuco se hace eco con una sonrisa sofocada. Dorko exclama:

—Ahora ya no podrás escaparte. ¡Baila pequeña, baila! ¡Vamos, empieza a dar vueltas!

Tampoco en este caso hubiera sido precisa la orden. El autómata, una vez puesto en marcha, reproduce una serie programada de movimientos. Bajo las plantas de sus pies, pequeñas ruedas y rodillos se ponen en marcha y arrastran a la muchacha en un girar monótono de círculos repetidos, un girar que se hace cada vez más rápido, hasta que los pies de la muchacha abandonan el suelo y giran en el aire rozando el piso de madera, mientras siente que su cabeza también da vueltas y comienza un mareo que amenaza

con hacerla perder la consciencia. Entonces, la cabeza del monigote entreabre su boca vacía en una sonrisa estúpida y...

...brúscamente, al igual que la boca, el pecho del autómata se abre y sus dos senos metálicos liberan dos cuchillas que rompen el brocado del traje blanco bordado, la tosca túnica blanca de la muchacha, sus dos pechos incipientes, su corazón y sus pulmones y desgarran su espalda, transpasándola de parte a parte y haciendo florecer rosas de sangre roja en su cuerpo taladrado, que suben hasta su boca y se deshojan en borbotones que tiñen de rojo el blanco de ambos vestidos; y la sangre va poco a poco encharcando el suelo, mientras el muñeco continúa girando cada vez más lentamente, y su sonrisa estúpida desaparece, sus cuchillas se repliegan, sus brazos se abren, y el cadáver cae al suelo como un guiñapo, y queda allí, inmóvil como un trofeo abatido, a los pies de su asesino metálico.

Desde su punto de mira, con los ojos desencajados por el horror, incapaz de lanzar un grito, no por temor a delatarse sino por puro anonadamiento, la hermana de la víctima no puede creer lo que sus ojos han visto, ni que la que hasta hace unos pocos instantes era la compañera fraterna de sus juegos infantiles, se haya convertido ahora en un montón informe de carne muerta, que flota en un gran charco de sangre que el medio centenar de gatas ha comenzado a lamer con ansia, acostumbradas como están al rojo alimento.

La Condesa se levanta y bosteza con fastidio.

—Aburrido. Un aburrido mecanismo inútil. Apenas un momento de emoción y luego nada. Demasiada sangre derramada inútilmente. Sólo ellas la aprovecharán. Guárdalo. Es posible que algún día nos sea de utilidad.

Erzebet sale lentamente. Dorko y el eunuco proceden a guardar el autómata en su caja.

Desde su escondrijo la joven, hermana de la víctima, paladea el sabor salobre de sus lágrimas y en su

mente atormentada trata desesperadamente de encontrar la forma de escapar.

* * *

Amparada en las sombras de la noche, dejando entre los salientes de los muros de piedra del castillo fragmentos de la delgada túnica que la cubre y de su propia piel, la muchacha ha logrado descender y corre, desesperada y jadeante, tratando de alejarse del horror que acaba de presenciar. Sus pies semidescalzos se hunden en la nieve y sólo el esfuerzo de la carrera le impide tomar conciencia del frío terrible que traspasa su exigua vestidura. Corre y corre mientras que su respiración jadeante se condensa en blancas nubes de vapor, y aunque comprendiera la inutilidad de su esfuerzo, seguiría corriendo hasta caer reventada, muy lejos todavía de su hogar.

* * *

La Condesa Báthory, aburrida, ha deambulado por los pasillos, y al llegar ante la puerta de su cuarto ha dudado en entrar. Faltan todavía algunas horas hasta el amanecer. Pasarlas en su estancia puede aumentar aún más su tedio. Decide pues volver al salón. Es posible que la vieja Dorko sea capaz de entretenerla.

Desde el alargado marco hexagonal de la puerta Erzebet contempla la habitación vacía. Un único maullido la saluda. La Condesa cruza un momento sus ojos negros con los ojos amarillos de la gata, que aculada junto a la estufa de porcelana la contempla con fijeza y lanza una maldición. Dorko, esa bruja del infierno, nunca está cuando se la busca. Se vuelve para reemprender el camino que lleva a su cuarto, y en ese momento la voz de Dárvula resuena a su espalda.

—¿Aburrida, Condesa? No es extraño, después del ridículo espectáculo de esta velada.

La Condesa se vuelve.

—¡Ah, estás ahí! No te oí entrar.

—Vamos, parece como si la estupidez te hubiera contagiado. No es necesario que emplees conmigo frases convencionales. Yo ni entro ni salgo. Deberías saberlo. Aunque entrar y salir del castillo no parece difícil.

Sorprendida, Erzebet balbucea:

—No te entiendo...

—Pues está bien claro, Condesa. Mientras tú juegas con tu muñeco, una de tus palomas levanta el vuelo. Y como ha visto el espectáculo es posible que tenga muchas cosas que contar... si es que logra llegar hasta los suyos. Aunque, tal vez, un paseo a caballo, bajo la luz de la luna, pueda acabar con su indiscreción...

La Condesa asiente nerviosa. La huida de la muchacha la preocupa, pero presiente que salir en su persecución puede alejar del todo el aburrimiento. Exclama:

—Está bien. Saldremos ahora mismo. ¿Nos acompañarás?

Dárvula tuerce el gesto.

—De una forma u otra yo siempre estoy presente. Apresúrate. Fuera hace un frío terrible. No olvides llevar un recipiente para recoger agua helada.

Erzebet ha vuelto la espalda y sale del salón. Sabe que Dárvula ya no está con ella.

* * *

Los tres caballos galopan presurosos por los caminos de nieve exhalando por sus belfos enormes nubes de vapor. Abre marcha la Condesa y tras ella van Dorko y el eunuco. Este último porta una antorcha, y en el arzón de su cabalgadura golpea con ruido sordo una gran jarra de plata. Hay también un lebrel negro, surgido no saben de dónde que les acompaña en su carrera. Han seguido fielmente el rastro dejado por la muchacha en su huida: las huellas de su pisadas en la nieve; y al divisarla se abren en abanico para cortarla el paso.

Tú también los has visto, muchacha, has visto el resplandor de la antorcha, has oído el sordo golpear de los cascos de los caballos, su relinchar entrecortado, mezclado con los ladridos del perro, y sacando fuerzas de flaqueza corres desesperada, jadeante, en dirección al río helado que te corta el paso. Sabes que es inútil, que el final de tu huida ha llegado y sin embargo corres, caes al suelo, te levantas y vuelves a caer, mientras el eunuco, repulsivo y medio enano, baja del caballo, te da alcance y te atrapa con sus brazos cortos y nervudos. Entonces chillas, y tu chillido se mezcla con la carcajada de la Condesa, la risa sofocada de Dorko y un enervante coro de ladridos. Gritas, pataleas, intentas defenderte y...

La larga aguja de oro que sostiene el peinado de la Condesa se hunde en el pecho de la muchacha, en el vientre, en un brazo, en la cara. Firmemente sujeta por el eunuco, la joven sólo puede gritar su dolor. Esto enardece aún más a Erzebet. Deja caer la aguja, y son ahora sus dientes los que se clavan en los hombros, en los brazos, en el cuello, traspasando la carne y haciendo saltar la sangre. Deja de morder para gritar a Dorko:

—Trae agua, en seguida.

La bruja, nerviosa, mira en derredor. Luego corre hasta el caballo y toma del arzón la jarra de plata y un hacha pequeña.

Acuclillada junto a la orilla rompe con golpes rápidos la superficie helada y hunde la jarra en el agua, que corre presurosa bajo la costra de hielo. Derramándola en parte, llega jadeante hasta su dueña.

La Condesa arrebata la jarra de manos de la bruja. Lentamente, con delectación, Erzebet vierte el agua sobre la cabeza de la muchacha, empapando sus cabellos y la túnica manchada de sangre. Lanza a gritos sus órdenes al eunuco:

—¡Suéltala!

La muchacha se encuentra de pronto libre. Un estremecimiento tembloroso recorre su cuerpo. Da unos pasos y cae arrodillada. El agua se ha transfor-

mado en una costra de hielo que pone rígida como el pergamino la tela de la túnica, y en pequeños carámbanos que penden de sus cabellos. Un frío intenso recorre su cuerpo y un sueño terrible la invade. Hay un momento de placidez, y luego nada. Cierra los ojos y ni tan siquiera se siente caer sobre la nieve.

Un nuevo chorro de agua cae sobre la gélida estatua yacente e inmóvil. Un momento después, sólo se escucha el rumor sordo y apagado de los cascos de los caballos que se alejan; mientras el perro negro olisquea el cuerpo de la muchacha, y aulla a la luna antes de desaparecer; y el minúsculo punto de luz de una antorcha se pierde en el horizonte.

A la luz de la luna, en su urna de cristal acuoso, el cadáver de la muchacha parece sonreír...

* * *

Los tres caballos penetran a galope en el castillo, haciendo vibrar con estruendo las maderas del puente levadizo, que un instante después se cierra a sus espaldas.

La Condesa Báthory ha visto con temor un relámpago rosado en el horizonte. Conmina con fiereza a sus acompañantes:

—¡De prisa! El sol está a punto de salir...

Pero las sombras de la noche, a punto de romperse, están todavía presentes cuando abandona el patio de armas y se pierde en los pasillos y escaleras que conducen a su estancia. Hace un gesto de impaciencia a Dorko para indicarla que quiere estar a solas y continúa el camino hacia su cuarto. Se detiene ante la puerta, y antes de entrar humedece sus labios resecos. Al hacerlo, percibe el sabor dulce salado de la sangre. Un sabor que la complace. Descubre que tiene sed. Tomará un poco de vino para calmarla y conjurar el frío profundo que la invade. Sus vapores han de prepararla para el sueño.

La estancia está alumbrada y caliente. La diferencia de temperatura hace que Erzebet sienta un estreme-

cimiento y sus dientes castañeteen. No repara que, a la luz de los hachones, la sombra que proyecta su cuerpo es apenas un punto oscuro junto a sus pies. Un miedo consciente o inconsciente, o tal vez un terrible presentimiento hacen que evite el espejo. Busca, en el rincón opuesto de la estancia, la botella de cristal que encierra el tinto vino espeso traído de Italia. Llena con él el cáliz dorado y lo lleva a sus labios, degustando, en un trago profundo que apura la mitad de su contenido, su sabor acre y dulzón. Siente que un nuevo estremecimiento, esta vez de calor, recorre su piel y sus entrañas.

Mira su copa, dispuesta a levantarla de nuevo, y al hacerlo, sus ojos quedan fijos en la cristalina superficie del agua perfumada, que aguarda encerrada en su jofaina de plata el momento de sus abluciones. Hay, dentro del líquido, una visión horrible de muerte vieja, de piel apergaminada rota en los pómulos por los extremos puntiagudos de los huesos, que asoman blancoamarillentos; de cráneo mondo del que cuelgan mechones aislados de cabellos, de órbitas vacías, de dientes amarillos que asoman entre labios inexistentes, de lengua desaparecida...

La Condesa lanza un grito; y el cáliz dorado cae de sus manos. El vino rojo ensucia la superficie del agua, extendiéndose como una gran mancha de sangre. Es después de esta visión terrible en el líquido espejo, que su terror ha vuelto inservible, cuando Erzebet se precipita en busca de su habitual reflejo de cristal, y esta vez, el fondo azogado le devuelve su bella imagen, nimbada de una aureola difusa. Tranquilizada, sonríe. Al hacerlo, descubre con sorpresa el progresivo alargamiento de su dentadura y la filosidad creciente de sus colmillos.

* * *

La copa de vino roza los labios de la Condesa y vuelve a ser depositada sobre el níveo mantel casi intacta, apenas degustado su contenido. Dorko, de pie

junto a su dueña, observa los alimentos intocados y la mirada ausente de su ama.

—¿No deseáis comer, señora?

Erzebet no contesta. Piensa en un nuevo descubrimiento. Desde hace tiempo, apenas come ni bebe. Verdad es que desde siempre está acostumbrada a una dieta tan frugal como sustanciosa. Carnes rojas, frutas y vinos generosos constituyen sus alimentos habituales. Ahora, desde hace pocos meses, picotea apenas los platos que vuelven casi intocados a las cocinas. Incluso el vino, otrora presente de forma cotidiana, es degustado raras veces. Y, sin embargo, su cuerpo no enflaquece, ni su carne pierde su turgencia. Un misterio más que añadir a la larga serie de ellos entre los que se encuentra sus escasas visitas al excusado. Parecería como si sus necesidades vitales hubieran desaparecido, y tan sólo existirá el deseo de sangre, de verla, de degustarla, de hacerla fluir. Musita:

—Tengo sed, Dorko. Mucha sed. Trae a una de las costureras. Cualquiera servirá. Todas cosen de una forma detestable.

Dorko asiente. Silenciosa, sale del salón. La Condesa se queda allí, con los ojos cerrados, esperando.

* * *

La joven costurera, fuertemente atada de pies y brazos al sillón donde se sienta, contempla con ojos desorbitados de horror a su señora. Incapaz de prever la suerte que la aguarda, pero intuyendo un feroz castigo, rompe al fin su silencio. Hay una avalancha de ruegos, disculpas, peticiones de clemencia, lloros entrecortados y, por fin, de chillidos histéricos que reverberan en las paredes y artesonados del salón.

Erzebet se lleva las manos a la cabeza. Es el dolor que vuelve.

—No puedo soportar sus gritos, Dorko. Hazla callar.

Hay un último chillido antes de que la bruja, armada de aguja y bramante, selle la boca de la mucha-

cha con largas puntadas, uniendo sus labios. Pero el martirio sólo acaba de comenzar. El doble filo de unas tijeras plateadas se cierra, seccionando el dedo meñique de la mano derecha, y hay un chorro de sangre que fluye hasta el cáliz dorado. La Condesa grita:

—¡De prisa, más de prisa, bruja del infierno! ¡No puedo esperar!

Uno tras otro van siendo amputados los otros cuatro dedos; y al final, hay una fuente de cinco caños que llena la copa con el licor rojizo que fluye por cinco heridas.

Erzebet lleva la copa hasta sus labios y bebe con delectación. Siente que su sed se apaga y un chorro de vida inunda su cuerpo. Sin mirar a su víctima, que yace desmayada, se levanta y sale del salón.

* * *

El herrero de Cesthe ha hecho bien su trabajo. La estrecha jaula metálica, tapizada interiormente de cuchillas, en la que un cuerpo humano no puede moverse sin que su carne se saje y se desgarre, es izada del suelo por la acción combinada de un torno y una polea; llevando en su interior, desnuda, a una de las camareras de la Condesa. Cuando el suelo de la jaula —que tiene una ligera forma de embudo y está dotado de un orificio central— dista vara y media del suelo, el eunuco detiene su ascenso, y el recipiente metálico queda fijo en el aire sin tan siquiera un ligero bamboleo.

Pausadamente, la Condesa, vestida como siempre de blanco, toma asiento debajo en un pequeño escabel. En ese momento, Dorko, armada de una antorcha, pega fuego al líquido inflamable que, situado en un canjilón que rodea las cuatro paredes de la jaula, arde con llamas que caldean la superficie del metal.

Un grito y un movimiento anuncian el éxito de la operación. La muchacha, enloquecida por el calor, ha comenzado a rebullirse; y una gota de sangre cae por el orificio central, y luego otra, y otra, hasta casi for-

mar un chorro. Poco a poco, el pelo, el rostro y el blanco traje de Erzebet se van tiñiendo de rojo. Pasa casi media hora antes de que el fluir de la sangre cese y la Condesa Báthory, como un espectro, se levante y, chapoteando en el charco de sangre, se aleje en dirección a su cuarto.

* * *

Hay una nube de polvo muerto que se dispersa, como arrastrado por el viento, en el cristal del espejo; pero Erzebet no lo advierte. Sí en cambio, observa con sorpresa que su imagen es tan vaga que apenas puede reconocerse. Este hecho la impide descubrir un nuevo crecimiento de sus colmillos. Abstraída, tampoco nota la práctica ausencia de su sombra. La voz de Dárvula que, como siempre, resuena a su espalda, la hace salir de su ensimismamiento.

—Todo está a punto de acabar, Condesa. Sólo falta la prueba final. ¿Estás dispuesta?

Erzebet asiente. Dárvula le tiende un pequeño pergamino.

—¡Lee!

Lentamente, los ojos de la Condesa van recorriendo las palabras escritas en extraños caracteres: «Isten, suprema reina de los gatos, y también vosotros, Lucifer, Satanás, Belzebut, Leviathan, Elimi y Astarot, protegedme a mí, Erzebet Báthory y dadme vida eterna. Yo os reconozco como mis únicos señores y me entrego a vosotros para siempre».

Dárvula mira fijamente a la Condesa.

—Sólo falta que lo firmes con tu sangre. Luego debes llevarlo siempre junto a tu pecho. Si así lo haces, yo estaré eternamente a tu lado para servirte y ayudarte.

Erzebet no contesta, pero toma entre sus manos la larga aguja de oro que sujeta sus cabellos. Su extremo aguzado se introduce en una de las venas de su muñeca. Un momento después, la larga pluma de

ganso dibuja con tinta viva su nombre al pie del pergamino.

* * *

Desnuda sobre el lecho, la Condesa Báthory deja que, por vez primera, las manos sarmentosas de la bruja extiendan sobre sus muslos abiertos la ardiente pomada en la que se mezclan la grasa humana y el estramonio. Poco a poco sus vapores ascienden; y un calor abrasador inunda su carne, excita su sexo y hace que su cabeza se agite en un revolotear de los sentidos en el que los colores se escuchan, los sonidos toman forma, el tacto se degusta y todo parece girar, elevándose.

Volar, volar y volar. En rápida sucesión pasan los ríos, los bosques, los montes, las laderas, los poblados. A caballo sobre un palo que aflora de su sexo como una verga inmensa, Erzebet circunda con sus brazos la cintura sarmentosa de Dorko; siente en sus manos los pingajos de sus senos, que penden como dos odres vacíos y resecos, y en sus muslos el contacto apergaminado de sus nalgas desnudas.

Ahora Dorko está de pie junto a ella en el claro de un bosque lejano, iluminado por la luna. Dócil al mandato de la bruja, la Condesa se inclina ante el trasero del gran cabrón negro y sus labios besan, una vez tras otra, el orificio inmundo.

Dárvula la llama. Está de pie, junto a un árbol y con un gran cuchillo negro desgarra el pecho de una doncella desnuda. Erzebet hunde las manos en la herida y arranca el corazón que continúa latiendo una vez separado del cuerpo. Escucha un nuevo mandato.

—¡Ofrecéselo a El!

Temblando se acerca hasta la Bestia, que ha cambiado de forma, y es ahora un ser extraño y gigantesco, de formas levemente humanas, dotado de garras y unos enormes ojos amarillos. Contempla cómo el presente le es arrebatado y deglutido. Luego es precipitada al suelo. Bocabajo, a cuatro patas, siente

un dolor desgarrador cuando el miembro bífido de la Bestia la penetra doblemente: sodomizándola y poseyéndola a la vez, mientras ella se debate en un maremagnum de espumarajos, gritos de dolor y de placer, imprecaciones y blasfemias. Son dos barras de metal helado que abrasan sus entrañas, y luego un doble chorro de plomo fundido que inunda su interior y...

* * *

La Condesa despierta sobresaltada, incorporándose en el lecho. A su lado, Dorko se retuerce las manos con desesperación.

—¡Despertad, señora, despertad! ¡Los hombres del Emperador han rodeado el castillo y están entrando en el patio de armas!

Sin esperar respuesta, sale corriendo, buscando tal vez un lugar donde ocultarse o la forma de escapar. La Condesa, lentamente, desciende del lecho. La noticia no ha hecho nacer el temor en su pecho, aunque sabe que la aguardan acontecimientos importantes. La voz de Dárvula, que acaba de aparecer, resuena en sus oídos.

—No temas. Todo ha de suceder como es necesario y estaba previsto.

Desnuda, Erzebet se apresta a tomar su baño acuoso habitual. Luego se pondrá sus mejores galas. La circunstancia así lo requiere.

* * *

Al mando de Thurzó, el palatino y hombre de confianza del Emperador y del Rey, los soldados registran el castillo. Cada puerta esconde un horror nuevo, un hallazgo macabro. El autómata, la jaula de cuchillas, los cuencos de sangre reseca, el pozo con restos de cadáveres, las jóvenes que pueblan las mazmorras: mutiladas, desangradas y muertas de hambre, que confiesan haber sido alimentadas con carne de sus compañeras, los garfios e instrumentos

de tortura; todo es descubierto y censado. Dorko y el eunuco han sido apresados en el subterráneo, y confinados en dos celdas, esperan el momento de ser interrogados. A ellos, y por propia voluntad, se ha unido Dárvula.

Thurzó no pierde el tiempo. Ha ordenado que la Condesa permanezca recluida en sus habitaciones, custodiada por dos guardias, y ha comenzado el interrogatorio de las dos mujeres y del enano.

Después de hacerlos «sudar» sujetos por el cepo en una pocilga en la que la temperatura se ha vuelto sofocante por la acción de varias estufas, ambas brujas son colgadas de los brazos —sujetos a la espalda—, con los pies cargados de plomo, y dejadas caer bruscamente hasta que sus huesos se descoyuntan. El potro completará esta labor de destrozo y desgarramiento. Luego han machacado los huesos de sus pies y de sus manos, arrancando sus uñas; han reventado su vientre y sus intestinos obligándolas a ingerir enormes cantidades de agua, y han abrasado su carne con garfios al rojo, que desgarran girones palpitantes de materia requemada. Tamaña crueldad hubiera sido innecesaria, pues aunque Dárvula no ha abierto la boca ni exhalado un gemido, Dorko ha confesado enseguida, punto por punto, todas y cada una de las atrocidades cometidas. Pero debe quedar claro que la violencia, el dolor y la muerte son patrimonio exclusivo del poder; y que nada ni nadie, ni tan siquiera la Condesa Báthory, puede usurparlos ni mucho menos superarlos.

Thurzó se enfrenta ahora a la Condesa. Altivo, no responde a su saludo. Tan sólo le comunica su decisión.

—Vuestros cómplices han confesado, señora. ¿Tenéis algo que decir?

Erzebet le mira de arriba abajo, altivez frente altivez.

—No. No he hecho nada a lo que mi rango y mis prerrogativas no me dieran derecho. Decidlo así al Emperador.

—Vuestros crímenes son demasiado conocidos

para que él los ignore. Yo le represento y asumo sus poderes. Quedaréis confinada en este castillo hasta el fin de vuestros días. En cuanto a vuestros cómplices...

* * *

Todavía vivos y conscientes, los cuerpos destrozados de Dorko y Dárvula son izados a sendas piras de leña verde. El enano capón merece mejor suerte. Un doble tajo separa su mano derecha y más tarde su cabeza. Mientras, las brujas arden. Hay una llamarada azulada y un olor a azufre que consume en un segundo el cuerpo de Dárvula. El verdugo, más tarde, asegurará haber oido una risotada. Dorko, en cambio, se retuerce en la hoguera y aulla, mientras su piel se ampolla, sus ojos se tornan blancos y revientan por efecto del calor y el humo abrasa y sofoca sus pulmones. La carne, ya muerta, continúa mucho tiempo ardiendo como una tea, hasta que los huesos calcinados se deshacen y sólo queda un montón de ceniza.

* * *

Esquinado por cuatro horcas, el castillo de Cesthe guarda a la última condenada. Ha sido confinada en una celda subterránea a la que se ha tapiado la puerta. Tan sólo un orificio cuadrangular permite su ventilación y la entrada de los alimentos. La Condesa ha conseguido conservar en su prisión el espejo, que apenas refleja su silueta, y algunos de sus vestidos.

Día tras día, en la noche eterna de su cárcel, Erzebet duerme largas horas tendida en su tosco lecho. A veces, entre sueños, escucha la voz de Dárvula.

—Duerme, Condesa, duerme ¡Yo vendré a despertarte...

Tal vez por eso, rechaza los alimentos, y sus sueños se prolongan hasta que decide no despertar y el espejo se desploma con estrépito, haciéndose añicos.

Conscientes de su muerte, los soldados del Emperador tapian el ventanuco y abandonan el castillo para

siempre. Antes de marchar, convierten sus paredes de piedra en un montón de ruinas.

* * *

La joven y la anciana pasean entre las ruinas iluminadas por la luna que acaba de aparecer en el cielo. Al pie de la ladera, junto al camino, espera la diligencia con los faroles encendidos. La joven pregunta:

—Entonces, ¿la Condesa Báthory está enterrada bajo estas ruinas?

No hay respuesta. Al volverse, la muchacha descubre que la anciana ha desaparedico. Un gato o gata, negro y gigantesco, de ojos amarillos, la contempla. No ha conseguido salir de su asombro cuando el felino le salta a la cara y hundiendo las uñas en su cuello, secciona una de sus arterias.

La joven cae al suelo. Lentamente, la sangre fluye de la herida y comienza a filtrarse entre las baldosas de piedra...

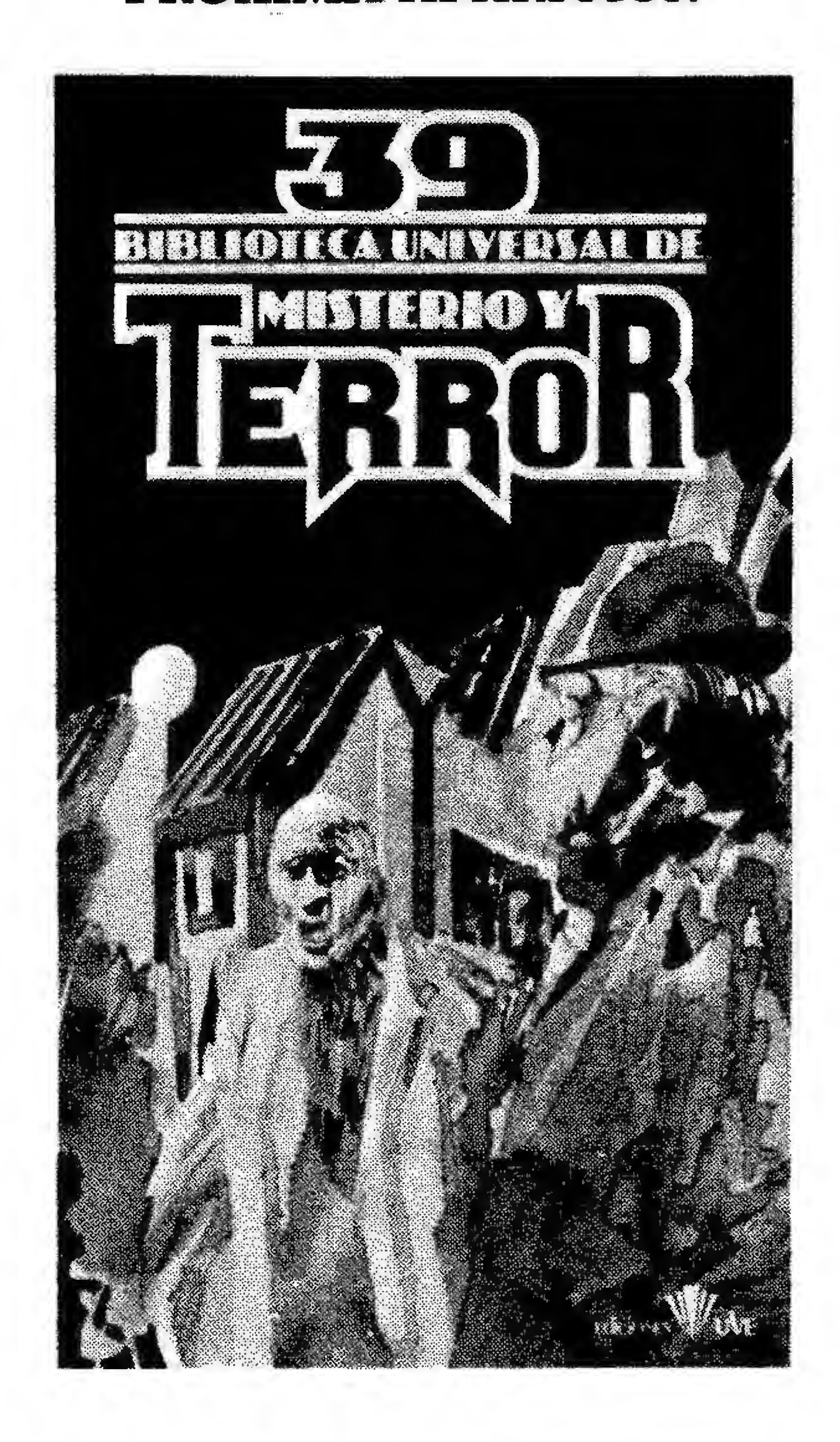
Hay un aura que emerge de las profundidades, y la Condesa Báthory está allí, en pie frente a Dárvula.

—Acabo de despertar. ¿He dormido mucho tiempo?

—Para los hombres doscientos años. Para ti, tan sólo un minuto. Vamos, la noche no durará siempre y nos espera un largo viaje.

Dárvula cubre a Erzebet con su gran capa negra. Ambas se elevan del suelo, en un batir de alas membranosas, que, desplegadas, eclipsan un momento la luna llena.

PROXIMA APARICION



LA HUELLA DE UN BESO

UN DEFECTO SIN IMPORTANCIA

CORRIGAN CITY

SESION DE DIALISIS

EL PANTANO

SECUESTRO AEREO

EL PACTO

BLATELLA GERMANICA

LA NARRACION DE JAMES BOSCOMBE



EL CORAZON DEL FRIO

EL PADRE DE CLARA SCHUMANN

LA PEQUEÑA HISTORIA DEL HOMBRE/SUEÑO

LA CASA OLVIDADA

EL ANILLO

GALERIA CERO

EL PUÑAL DE OBSIDIANA

SANGRE Y TRANSFIGURACION

(4ª y última parte de «La Condesa Báthory»)